La

Perla de Rafael

Manzano

# LA PERLA DE RAFAEL

# La Perla de Rafael

COMEDIA EN TRES ACTOS

Original de

LUIS MANZANO MANCEBO

ESTRENADA EN EL GRAN KURSAAL, DE SAN SEBASTIAN, EL DIA 2 DE SEPTIEMBRE Y REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO FONTALBA EL :-: DIA 5 DE DICIEMBRE DE 1925 :-:

MADRID

IMP. «LA MUNDIAL ARTÍSTICA» PALAFÓX 16 DPDO.

1925

A los ilustres y fecundos autores

Pedro Muñóz Seca y

Pedro Pérez Fernández.

Por amistad y por gratitud.

Luis Manzano.

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES FONTALBA | ACTORES GRAN KURSAAL |
|---|---|---|
| Clara Montoria. | Carmen Moragas | Carmen Muñoz |
| Mari-Isabel ..... | Blanca Jiménez | Olvido Leguía |
| Doña Cabeza.... | Pilar Pérez. | Elisa Sánchez. |
| Solita.......... | Carmen Nieto | Concha Castillo. |
| Chuchita ........ | M.ª Teresa Balín. | J. Carreras. |
| Fifi............. | Amparo Quilis. | Enriqueta Lloret. |
| Rosa Maria...... | Maria Valero. | Pilar Moya. |
| La de Almeria .. | Paquita Pol. | Pilar Moya. |
| Una doncella... | María Calvo. | Emilia Pardo. |
| Rafael La Riva. | Ricardo Puga. | Emilio Valentí. |
| Julio del Valle. | Luis Peña. | Antonio del Pino. |
| Diego Berrocal. | Alberto Romea. | Gonzalo Llorens. |
| Abelardo ....... | Nicolás Rodríguez. | F. Linares Rivas. |
| Florito.......... | Juan Orduña. | Valentín Tornos. |
| Rojas............ | Evaristo Vedia. | Casto Javaloyes. |
| Morlita ......... | Julio Alyman. | José Mora. |
| D. Nicolas Farias | Alfredo Alaiz. | Carlos Miralles. |
| El «Cicerone»... | Antonio Pacheco. | Lucio Blanco. |
| El de Almeria .. | Andrés Novo. | A. Cañizares. |
| Gabin............ | Andrés Novo. | A. Cañizares. |

Una señora norteamericana y dos extranjeros sin personalidad definida.



# ACTO PRIMERO

Una sala del Museo del Prado, de Madrid, donde se admiran entre otras obras maestras, de la escuela italiana del Renacimiento, varias del inmortal Rafael Urbino.

Puerta al foro derecha, que comunica con una de las galerías del Museo, y dos huecos—a derecha e izquierda en los primeros términos—amplios y sin puertas, que conducen a otras salas.

En el rincón del foro izquierda, sobre un caballete, formando chaflán, destaca la Perla de Rafael, el soberbio cuadro así llamado, y que representa la Sagrada Familia.

Paralelamente a las paredes y al caballete, y dejando, naturalmente, libres los accesos a la sala, un grueso cordón de seda roja, que termína en proporcionados borlones y que está sostenido por sencillos y elegantes balaustres, para indicar al visitante la discreta distancia que deben guardar su curiosidad y su admiración.

Proximo al foro izquierda, un pequeño caballete de trabajo sin líenzo ni tabla, y junto a él un asiento de rejilla. En el suelo, apoyado en la pared y tapado con un trozo de terciopelo, un pequeño lienzo en su bastidor.

Suelo de madera encerada.

Luz suave de una clara mañana de Abril.

La escena está sola. Después pasa desde le galería del foro a la sala de la derecha lentamente, reposadamente, como hombre que lo tiene todo hecho, ABELARDO, un celador del Museo, joven y no mal parecido. Luego, y por el foro tambien, llega DIEGO BERROCAL, quien, como Abelardo, es celador del Museo, aunque el pobre está próximo a la jubilación—y como él, viste de uniforme: levita y pantalón azules de botón y galones dorados y gorra de plato. Berrocal trae una caja de pinturas al óleo, y una paleta que deja cuidadosamente junto al caballete vacio. Abelardo, apoyado en la jamba del hueco divísorio de ambas salas, sonríe al observar el mimo con que Berrocal trata caja y paleta.

ABELARDO — Aún no han venido sus señoritas ¿eh?

BERROCAL — Tres días hace que no vienen; pero hoy, poco tardarán; son ya las diez y media.

ABELARDO Dichoso usté, que tiene en sus salas alguien con quien echar un rato de palique.

BERROCAL (Sin hacerle caso y afianzando el caballete.) ¡Pchsss!

ABELARDO Natural. Tié usté a su cargo las dos mejores.

BERROCAL Hombre, sí; esta de Rafael y esa otra italiana se pueden mirar. Y no te quejes, que esas dos tuyas son de lo mejor del Museo.

ABELARDO ¡Si por mis salas, señor Diego, no pasa una mujer que no salga huyendo horrorizá!

BERROCAL ¿Por qué?

ABELARDO Porque no hay más que martirios de santos.

BERROCAL (Con suficiencia) Escuela española. ¡Ribera!

ABELARDO Sí señor, Ribera. Y bien podía Ribera haber pintao algo de... atracción de forasteros, porque es que, solo ayí tó el día, no hay noche que yo no sueñe con el martiriologio.

BERROCAL ¡Bah! Que no te gusta el oficio...

ABELARDO No, señor. Diga usté que se empeñó mi padrastro; pero a mí me tira el mostrador.

BERROCAL Ya lo creo que te lo tira... ¡En cuanto se lo mientes!

(Por el foro llega SOLITA, una copista del Museo, modesta y simpática. Trae sobre el vestido una blusa de trabajo.)

SOLITA Buenos días.

ABELARDO (Yendo alborozado hacia ella.) ¡Chiquilla! ¡Solita!

SOLITA Me llamo. Pero ten cuidado, chico, que no estoy tan solita.

BERROCAL Tu madre, con tal que pintes, no te deja ya ni a sol ni a sombra. Y, ¿qué querías a más del vistazo?

SOLITA Hablar con la señorita Clara. Lleva tres días sin parecer.

ABELARDO ¿Y no te da lo mismo hablar conmigo un ratito?

SOLITA Vaya, vaya. Hasta luego. (Medio mutis foro.)

ABELARDO Espera, chiquilla.

SOLITA Pero ¿no te he dicho que está ahí mi madre? Adiós.

ABELARDO Adiós, Fortunita de Rubens.

SOLITA ¡Mira el celador! Adiós. Prometeo. (Mutis.)

ABELARDO (Detras de ella.) Encadenao en tus ojos.

BERROCAL ¡Eh, tú! A ver si te oyen...

ABELARDO (Volviendo a Berrocal.) ¡Casi nadie es la chica! ¡Loco me tiene!

BERROCAL ¡Pues, duro! Después de tó, tal para cual. Cosa mejor no va a sacar del Museo.

ABELARDO ¿Pinta mal, quizás?

BERROCAL ¿Cómo mal? ¡Que te copia una mano y te saca un real de cangrejos!

ABELARDO ¡Hombre, ya será algo más!

BERROCAL Pon dos reales. Y con la madre, ten cuidao, que esa es una trucha de a libra. No quisiera yo que se me viniera en el anzuelo otra igual cuando voy al Jarama.

ABELARDO Ahora va usté poco, ¿eh?

BERROCAL La licencia y gracias. No veo el agua más que en algunos cuadros de aquí. Y créete que a veces, al verla tan bien pintá, me dan ganas de tirar del aparejo.

ABELARDO ¡Vaya afición!

BERROCAL Dos me quedan. La afición a la pesca y la afición a la casa de don Horacio.

ABELARDO (Señalando el caballete vacio.) El padre de las señoritas, ¿eh?

BERROCAL El mismo; tó se lo debo. Por el bien de esa casa, sería capaz de tó.

ABELARDO ¡Olé los viejos agradecíos!

BERROCAL Escuela española, hijo. Ribera puro.

ABELARDO Apropósito de Ribera. Daré una vuelta por mis salas.

(Al mismo tiempo que Abelardo hace mutis por la derecha, entra por el foro JULIO DEL VALLE, un muchacho elegante y de buena figura: el perfecto tipo del cazador de dotes.)

JULIO (Distraídamente a Berrocal.) Buenos días.

BERROCAL (Respetuosamente, sin efusión.) Muy buenas.

JULIO Poca gente aún, ¿eh?

BERROCAL Los días de pago, ya se sabe...

JULIO ¿Tampoco han venido hoy las señoritas?

BERROCAL No señor, no.

JULIO Son amigas mías.

BERROCAL Ya... ya le he visto algun día de palique con ellas.

JULIO Clara es una mujer extraordinaria.

BERROCAL (Con intencióu.) ¿Y la señorita Mari-Isabel, no?

JULIO (Silbando y accionando para indicar un grado superlativo.) ¡Fí...u...! (Pausa brevísima.) Usted conoce bien a la familia, ¿eh?

BERROCAL (Silbando e imitando a Julio.) ¡Fí...u!

JULIO ¿Fuma usted?

BERROCAL Ya sabe el señor que está prohibido.

JULIO (Sacando de una petaca un cigarro puro.) Ya, ya... Tome... Es para luego.

BERROCAL (Guardándose el cigarro.) ¡Ah! Si es para luego... Aqui, *luego*, es un cuñado que fuma lo suyo... y lo mío. Gracias en su nombre.

JULIO (Como tratando de recordar su nombre) No hay de qué, señor...

BERROCAL Berrocal. Diego Berrocal.

JULIO ¡Ah! ¿Se llama usted Diego?

BERROCAL Como Velázquez ná más. Y también como él, soy de la escuela naturalista. Vamos, de los que llaman al pan, pan, y al vino, que ni probarlo.

JULIO De los míos.

BERROCAL ¿No lo prueba usted?

JULIO Digo que yo también pienso igual. Pues sí; esas chicas me interesan muchísimo.

BERROCAL Si.!. ya he comprendido que (Moviendo los dedos disimuladamente.) le interesan.

JULIO Muchísimo. Sobre todo, Mari-Isabel. Es el mismo carácter de su padre, ¿verdad?

BERROCAL ¡Cuando usted lo dice..!

JULIO No es que yo conozca a su padre. Sólo sé de él lo que se habla; de su bondad, de su influencia. ¿no?

BERROCAL Pregúntemelo usted a mí.

JULIO (Con vivísimo interés.) De... de su sólida y cuantiosa fortuna, ¿verdad?

BERROCAL Eso, pregúnteselo usted a él.

JULIO Es banquero, segun me han dicho.

BERROCAL Es... de Medellín... Conque señor...

JULIO — Del Valle. Julio del Valle.

BERROCAL — Pues señor del Valle. Para que no perdamos Yo sólo sé que don Horacio Montoria es un caballero de lo que hoy no se estila. Sólo sé que a la muerte de la señora– que de Diós goce—mi mujer crió a la señorita Clara, a quien quiero más que a mis ojos; que la señorita Mari-Isabel es hija de la segunda señora, que en gloria esté tambien la pobre; que ignoro si don Horacio Montoria tiene o deja de tener tanto o más cuanto; y, por último, que si lo supiera, es seguro que no sería para contárselo a usté, aunque en lugar de ponerme en el anzuelo un puro, me hubiera puesto toa la Compañía Arrendataria, ¿Estamos?

JULIO — (Con la risa del conejo) ¡Bravo! ¡Es usted todo un hombre!

BERROCAL — Escuela naturalista, amigo. Ya se lo he dicho a usted.

(Un momento antes ha entrado en la sala, por la derecha, RAFAEL LA RIVA. Es un hombre de unos 30 a 35 años, de penetrante mirada y traza elegante. Sin parar mientes en los demás cuadros ni en las personas que con él están en la sala, se dirije resueltamente a "la Perla,, Está un instante contemplando el bellísimo cuadro, y luego se acerca tanto a él, que Berrocal tiene que llamarle la atención.)

BERROCAL — Caballero... está prohibido...

RAFAEL — Ya, ya; perdón.

BERROCAL — De nada, señor, es nuestro deber... y por eso...

RAFAEL — Está, está bien. Yo soy quien debe disculparse.

BERROCAL — (Se lleva la mano cortesmente a la visera de la gorra, luego mira hacia Julio, quien se ha distraido mirando un cuadro de la derecha y desdeñosamente le vuelve la espalda, cruza en ella las manos y hace mutis por el foro, exclamando:) ¡Je... je!... ¡¡Anzuelitos a mi!!

(De izquierda a derecha pasan, guiados por EL CICERONE de una agencia de viajes baratos, DOS EXTRANJEROS sin nacionalidad definida que marchan tras él con paso casi gimnás-

tico, UNA SEÑORA AMERICANA que pasa las hojas del «Beadecker» sin mirar apenas a los cuadros, EL DE ALMERIA y LA DE ALMERIA, que llegan retrasados y con la lengua fuera)

CICERONE (Sin dejar de andar, en voz bastante alta para que le oigan todos) ¡Escuela italiana del Renacimiento! ¡Rafael de Urbino! (señalando a los cuadros) ¡«La Virgen del Pez»! ¡«El Cardenal»! ¡«Sagrada Familia de La Perla»! ¡Pasen a esta otra sala donde verán la famosa obra de un tal Sicilia nominada «El Pasmo»! (Señalando a otro cuadro, ya casi en la puerta de la derecha) ¡«La Virgen de la Rosa»!

EL DE ALM. ¡Hombre, por la Virgen de la Rosa! Que er cinematógrafo es, y va mas despacio que acá nosotros. Que uno es de Almería, y la verdá, se cansa.

CICERONE Dispense, señor. La Agencia es muy seria y no puede comprometerse (Mirando la hora) ¿Once menos cuarto? Aun hemos de ver el Museo, la Biblioteca, la Armería Real y Caballerizas. A las doce y media, almuerzo en el hotel, y a la una, víaje a Toledo. ¡La Agencia es la Agencia! ¡el programa es el programa!

EL DE ALM. Y los piés son los piés.

CICERONE ¡Vamos, vamos! (Señalando a la derecha) Aquí verán «El Pasmo de Sicilia». (Hace mutis seguido de los otros)

EL DE ALM. Ese lo va a ver tu tía Mariana. ¿Que te parece, Pepita?

LA DE ALM. Que tengo ya la cabeza a las once.

EL DE ALM. ¿A las once?... ¡menos cuarto! Ya lo has oido.

CICERONE (Dentro.) ¡Vamos, vamos!

EL DE ALM. (Haciendo mutis con la de Almeria) ¡Ya vá! Y ojalá te cogiera el Pasmo ese; pero, ¿cómo? ¡De jincarla! Vamos, tú.

(Rafael sonríe viéndolos marchar. Julio vuelve desde el foro y mira fijamente a Rafael.)

JULIO Pues señor, no quisiera dar un patinazo; pero juraría que este es Rafael La Riva.

(Rafael se vuelve y mira indiferente a los otros cuadros y a Julio. Extraña luego la insistencia de este y por fin se queda mirándole fijamente.) No cabe duda... (Dirigiéndose a él con cierta inseguridad.) ¿Rafael?

RAFAEL Señor mío...

JULIO ¿Rafael La Riva?

RAFAEL La Riva; pero, ¿usted?...

JULIO Julio, hombre. Julio del Valle. ¿No te acuerdas? ¿Tanto he cambiado?

RAFAEL ¡Ah! Julio... Sí, hombre, sí! (Saludos)

JULIO ¡Qué sorpresa! Con seguridad que hace quince años que no nos vemos.

RAFAEL Seguramente. Tu has variado mucho.

JULIO Tú, en cambio, eres el mismo; pero, cuéntame, ¿ejerces la carrera?

RAFAEL No, hombre. ¿Y tú?

JULIO No la acabé.

RAFAEL ¿Y a qué te dedicas?

JULIO Pues a vivir, chico, a vivir... aunque ya pensando seriamente en casarme.

RAFAEL Bien hecho. ¿Tienes novia?

JULIO Sí... y no; ando tras de una chica, muy mona, eso sí, pero... no sé... no sé... no acabo de decidirme. (Con guiño truhanesco, mueve los dedos indicando dinero.) ¿Sabes?.. No sé. Y tú, ¿te has casado?

RAFAEL No, vivo solo. Tengo una casa en Córdoba, donde suelo pasar unos meses. El resto del año, viajo. Europa, América... casi he recorrido el mundo.

JULIO ¡Feliz tú..!

RAFAEL ¡Pchss! Me dejó mi padre una gran fortuna; pero... ¡de eso a ser feliz!

JULIO ¿Qué más quieres, precioso?

RAFAEL Soy un desengañado. Creo firmemente que no hay nada en el mundo que no consigan la audacia o el dinero. Audacia, no me falta: dinero, me sobra. Y con estos elementos, esto quiero... esto tengo; así, de golpe.

JULIO ¿Y qué?

RAFAEL — Que eso no es la felicidad, amiguito.

JULIO — Te advierto que yo tengo mis ideas sobre este punto.

RAFAEL — Pues guárdatelas. Un tío mío, que es cordobés de sangre—un moro, muchacho, un moro—me dice siempre viéndome dar estos saltos de cigarrón: «Pára la jaca, chiquillo, calma; que lo que se disfruta de verdá en este mundo es lo que se consigue pasito a paso, sin prisas, con la vista en aqueyo, y la voluntá quitando piedresitas del camino.»

JULIO — ¿Y tú?

RAFAEL — Al galope en la jaca y dando unos saltos de concurso hípico. Y por eso tal vez me encuentras hoy aquí.

JULIO — ¿Un salto?

RAFAEL — De los míos. Hace tres días llegé a Madrid. Vine al Museo y en ese caballete vi una copia extraordinaria de «La Perla.» ¡Una maravilla! Quise adquirirla y me dijeron: «¡Quiá! Es de una muchacha rica, que pinta por afición.

JULIO — ¿Y qué?

RAFAEL — Pues... que tengo el vértigo, muchacho. Que sería lo primero que se me negara en el mundo y ¡eso no! La tendré. Yo sabré quien es la muchacha, le pediré la copia, se la compraré, y si no quiere vendérmela, haré cualquier barbaridad. ¡Hasta soy capaz de casarme con ella!

JULIO — ¿Y si es fea?

RAFAEL — También. No me importa.

JULIO — Pues tranquilízate, porque es de las que quitan el hipo.

RAFAEL — Pero... ¿tú la conoces?

JULIO — ¡Hombre..! ¡Si es hermana de la que yo..! Pero ¿porqué crees tú que estoy aquí? Clara Montoria se llama.

RAFAEL — Montoria... Montoria... ¿Son hijas tal vez de un don Horacio..?

JULIO Exactamente.

RAFAEL ¡Malo..! Ahí hay pasta larga.

JULIO ¿Pasta larga? ¡Rafael, eres mi Providencia! Pero, calla, están aquí.

RAFAEL Preséntame, Julio.

JULIO Pára la jaca, muchacho, como dice tu tío... (Por el foro entran, seguidas de BERROCAL, CLARA y MARI-ISABEL MONTORIA. Clara es guapísima. Mari-Isabel, cuatro años menor que su hermana, es preciosa también. Ambas visten irreprochablemente. Al entrar, Mari-Isabel se va derechamente a "La Perla".)

M. ISABEL (Haciendo una cómica reverencia al cuadro.) Rafael de Urbino, discúlpanos. (A Julio.) Hola, Julio, buenos días.

JULIO (Saludándolas.) ¿Cómo tan tarde? Buenos días Clara.

CLARA ¿Qué tal, Julio?

JULIO Creyendo ya, que hoy también hacíamos novillos. (Saludos.)

M. ISABEL No, hijo. Las de Sanuy con el novio, que nos han entretenido.

JULIO ¡Aguanta!

M. ISABEL ¡Eso! Aguanta una hora en la puerta las imbecilidades de los tres, para que al cabo, entren en el Museo con nosotras. ¿No es para matarlos?

JULIO ¡A traición! (Llamando a Rafael y presentándolo.) ¿Rafael..? Las señoritas Clara y Mari-Isabel Montoria. Rafael La Riva, cordobés, un poco médico, otro poco artista y un mucho simpático. (Saludos.)

CLARA ¿Artista? ¿Pinta usted, acaso?

RAFAEL No, señorita. Allá en mis tiempos de estudiante fuí un poco escultor. Afición a estas cosas, sí conservo; pero nada más.

CLARA (Quitándose el sombrero y dejándolo sobre la silla para ponerse a trabajar.) Con permiso, voy a continuar; pero podemos seguir charlando ¿nó?

RAFAEL Si usted lo quiere... (Mira con curiosidad y cierto nerviosismo como Berrocal coloca sobre el caballete el lienzo que estaba en la pared, aún cubierto.)

CLARA ¡Encantada!

(Clara descubre la copia. Es pequeña y sólo ha copiado la admirable cabeza de la Virgen.)

RAFAEL (Con exajerado asombro.) ¡Qué maravilla! ¡Qué acierto! Señorita, es usted una artista extraordinaria. (Trayendo a Julio, que conversa en voz baja con Mari-Isabel.) ¡Julio! ¡Julio! ¡Ven acá! ¡Mira! ¡Asómbrate!

JULIO Yo no entiendo de eso, pero...

RAFAEL ¿Lo ves? ¿No te decía yo..?

CLARA Pero... ¿La conocía usted?

RAFAEL Desde hace tres días, y puedo asegurarle que me ha quitado el sueño.

CLARA ¡Já! ¡Qué exageración! ¡No es para tanto, hombre!

BERROCAL (A Rafael.) Diga usté que sí, señor. ¡Ya quisieran todos esos copistas que se ganan la vida con estas cosas! Sobre todo «Trompita.» ¡Mira tú «Trompita»!

CLARA ¿Quién es «Trompita», Diego?

BERROCAL Ese Ruiz, que pintando, pone así los labios, en alcachofa. «Trompita» le pusierón las «Chicas de los tapices.»

RAFAEL (Sin hacer caso de nada. Mirando entusiasmado al cuadro y a la copia.) Es extraordinario, admirable el caso

CLARA ¡Vamos, calle, por Dios! (A Julio.) ¡Vaya un meridional!

M. ISABEL ¡Sí, que exagera el hombre!

RAFAEL ¡No exagero, no! ¡La Perla! ¡No hay otra obra de arte en el mundo que más impresión me produzca!

CLARA ¿De veras?

RAFAEL Conozco entera la obra portentosa de Rafael. De todas sus *Madonnas*, esta es, para mi gusto, la más bella, la más *mía*. Siempre que vengo a Madrid, he de hacerle una visita, y a veces, solo por esto hago el viaje.

M. ISABEL ¿Es posible?

RAFAEL La compraría, dando por ella mi fortuna entera. ¡La robaría!

M. ISABEL ¡Ave María Purísima!

RAFAEL Tengo reproducciones del cuadro, fotograbados... nada; ¡ninguno llega a darme la expresión de esos ojos bajos, de esa cara incomparable... que es mí obsesión, mi manía!

CLARA ¡Es interesante..!

JULIO ¿No les decía yo a ustedes que era un artista?

RAFAEL Y ahora, al ver esta copia, esta cabeza, sola, separada del resto del cuadro, he creído... quiero... ¡No sé! ¡Perdonenme ustedes..! ¡Vámonos, Julio!

JULIO (Indeciso.) Pero...

RAFAEL Tenemos que hablar un momento... No nos despedimos. Volveremos pronto... ¡Ven, Julio! ¡Vente!

JULIO (Dejándose llevar, pero con indecisión.) Ustedes perdonarán... pero...

RAFAEL Volveremos...

JULIO Ya lo oyen ustedes, volveremos... (A Rafael, que lo ha cogido del brazo.) Pero... ¿qué ventolera es esta, tú?

RAFAEL ¡Calla! (En voz baja, pero enérgica.) Quiero esa copia. ¿Sabes? ¡La quiero! ¡Por lo que sea! ¡Como sea! ¡La quiero y tú vas a ayudarme!

(Hacen mutis por la derecha, ante la estupefacción de las muchachas) (Pausa brevísima)

BERROCAL ¡Jé, jé! ¡Te veo, besugo!

M. ISABEL Pero... ¿Entiendes esto, Clara?

CLARA (Reanudando su trabajo) ¡Bah! Ni me importa.

M. ISABEL Si; tú, en quedándote ahí pinta de pinta... Pues, hija, a mí que el otro se vaya me importa muchísimo.

CLARA Mari-Isabel, por Dios...

M. ISABEL Es que me gusta, Clara; que me gusta, y que me desespera. Por supuesto, que ó se destapa hoy mismo o no vuelvo a dirigirle la palabra. ¡Qué paciencia de hombre!.

BERROCAL Pá pescador de caña no tié precio. No es como el otro que, al parecer, si pesca, será ¡Puff! con dinamita.

CLARA ¿Tú lo conoces?

BERROCAL De verlo por aquí... Y porque me interesa lo que se dice de él entre los copistas.

M. ISABEL ¡Ah! ¿si?... ¿Y qué?

BERROCAL ¡Chismorreos de acá! Yo no debia contarlo; pero como se trata de usté... (Por Clara.)

CLARA ¿De mi? Dí lo que sepas, Diego.

BERROCAL Pues que desde trasantiyer no habla más que de esa copia; la quiere el hombre; pero, al saber que es de la señorita, está que se sube a los muros, diciendo que se la comprará por lo que sea, y que si no la logra, hasta se casará con la señoríta si hace falta pero que la tendrá.

M. ISABEL ¡Casarse! ¡Zambomba! ¡Qué divertido, tú!

BERROCAL Y a risa hay que tomarlo. Ahora que yo, aprovechando la manía, voy a colocarle una copia que tengo en venta.

CLARA ¿Tú?

BERROCAL De «Trompita». Setenta duros quié tomar; pero como éste ofrezca siquiá diez, tiro de caña... ¡y al cesto!

CLARA ¿Llevas comisión?

BERROCAL Llevo... tres años sin venderla, conque... Con permiso, señoritas. (Hace mutis por ía derecha.)

M. ISABEL (Despues de una pequeña pausa, durante la cual Clara, despreocupada, pinta. Dice sonriente y confidencial.) ¡Clara......! ¡Clarita...!

CLARA ¡Tiene gracia la cosa, ¿no?... ¡Casarse!

M. ISABEL ¡Clarita! Tú has flechado al de «La Perla». A mi que no me venga con copias ní con zarandajas, que no me lo dá.

CLARA ¡Bah! Ese es un jactancioso a quien va a salirle caro este capricho, si se atreve.

M. ISABEL ¿Qué vas a hacer?

CLARA Darle un bromazo que le escueza. Reirme de él.

M. ISABEL ¿Tú? ¡Tan seria! ¡A que no!

CLARA No me conoces. Que se atreva. Se iba a acordar de mi; te lo aseguro.

M. ISABEL Pero, ¿es que no te gusta?

CLARA ¡Pshh!

M. ISABEL Tipo sí tiene.

CLARA (Gravemente.) Pero no es sólo el tipo lo que debe enamorarnos, Mari-Isabel.

M. ISABEL ¡Ya salió Julio a relucir! ¡Qué mal me juzgas!

CLARA No; me he propuesto no hablarte más del asunto. (Llega JULIO por donde se fué.)

M. ISABEL (Al ver a Julio.) ¡Ah! Julio...

JULIO Perdónenme ustedes la incorrección de antes; pero no supe negarme.

M. ISABEL Ya, ya lo ví. ¿Y su amigo?

JULIO Ahí, asediado por unos copistas. Ven dinero, y, ¡claro! Pero pude escurrirme y aquí estoy Perdóneme usted, Clara; perdón, Mari-Isabel.

CLARA ¡Bah! No se hable más de ello. (Se pone a pintar.)

JULIO (Aparte con M. Isabel.) Con usted sí quiero hablar, Mari-Isabel.

M. ISABEL ¿De ese asunto?

JULIO Sí. La Riva quiere hablar a solas con Clara.

M. ISABEL ¡Ah! ¿No lo decía yo? ¡Asi me gusta a mí la gente! ¡Decidida! Debía poner escuela el cordobés ese.

JULIO Mari-Isabel.

M. ISABEL Buscaremos ocasión para que hablen.

JULIO Pero hoy mismo...: aqui.

M. ISABEL ¿Y por qué tan pronto?

JULIO Porque así podremos ver lo que nos decimos nosotros dos, solitos, después que sepa usted que la quiero, Marí-Isabel.

M. ISABEL ¡Ave Maria Purísima! ¿Asi? ¿De sopetón?

JULIO ¡De sopetón!

M. ISABEL (Riendo, gozosa.) ¡Já, já! ¡Sí, que ha puesto escuela el cordobés! Pues le advierto que ese, es posible que salga haciendo «fú» como el gato.

JULIO Y a mi, ¿qué me importa ese? Me importo yo. (Hacia el foro se oyen risas,. y a Chuchita Sanuy, que dice:)

CHUCHITA ¡Ja, ja! ¡Qué ganso! ¡Já, já! ¡Qué ganso!

M. ISABEL Adiós, mi dinero. (A Clara.) Chica, las de Sanuy (A Julio.) ¡Tan oportunas como siempre!

JULIO ¡Maldita sea su estampa!

CLARA ¡Por Diós! A ver si consigues llevártelas de aquí.

(Por la izquierda llega BERROCAL.)

BERROCAL Ya le cojeré las vueltas. (Pasea lentamente del foro al proscenio. Irrumpen por el foro CHUCHITA y FIFI SANUY y FLORITO, novio de Chuchita.)

FLORITO Chicas, otra sala con cuadros. Esto no es plan ¡Uy! ¡Váya bonito! (Acercándose a un cuadro y casi tocándolo.)

FIFI No hagas indiadas, tú.

BERROCAL Cuidado, señor.

FLORITO ¿Mancha?

BERROCAL Está prohibido.

FLORITO ¿Y por qué no ponen un letrero de «Cuidado con la pintura»?

CHUCHITA ¡Já, já! ¡Qué idiota! (A Julio.) Hola, Julio. (Saludos.)

BERROCAL (Encogiéndose de hombros.) ¿Idiota? Bueno, cuando ella lo dice...

CHUCHITA Yo no conocía esto. Jesús, hija, es de una cursilería imponente. No se ve a nadie.

FLORITO Pero algo se aprende. Mira, aquí me he enterado de que Claudio Coello es un pintor.

CHUCHITA ¿Y qué?

FLORITO Que para mi, Claudio Coello ha sido siempre una calle. Claudio Coello, diecinueve, segundo, centro.

CHUCHITA ¡Já, já! ¡Qué ganso!

CLARA Y qué, ¿habéis visto mucho?

CHUCHITA Unas copistas imposibles. ¡Qué caras! ¡Qué trajes!.. Las idioteces que a su costa nos habrá dicho este...

CLARA Lo creo.

FIFI ¿Eso es lo que estás pintando, tú?

CHUCHITA Mira... ¿qué te parece, Florín?

FLORITO Un poco descoloridos los labios. Anda, Chuchi, dale con tu barra...

CHUCHITA ¡Já, já! ¿No te digo...?

FIFI — Pinta algo, que te veamos. Clara.

CLARA — No, mujer; no faltaba más.

M. ISABEL — Déjala, Fifi, no le gusta. Anda, y para que trabaje, nosotros os acompañaremos a ver lo que os falta. ¿No Julio?

CHUCHITA — Si, verás que risa con este. Anda, Florín. Dí algo, hombre.

FLORITO — Pues digo que como hagais plan de Museo otra mañanita... servidor, primera fila de cama.

M. ISABEL — ¡Muy gracioso! ¿verdad, Julio?

JULIO — ¡Es genial!

FIFI — Adios, Clara. (*Hace mutis por la izquierda.*)

CLARA — Adios. (*A María-Isabel y Julio.*) Divertirse

CHUCHITA — (*A Clara.*) Adios. (*A Florito muy cariñosa.*) ¡Qué gracia tienes, bobín mio! ¡Qué gracia!

FLORITO — No hay de qué, feuchi.

CHUCHITA — ¡Gansote!

FLORITO — ¡Boba!

CHUCHITA — ¡Mamarracho!

FLORITO — ¡Fea! (*Mutis los dos.*)

BERROCAL — (*Admirado.*) ¡Vaya insultos!

CLARA — No, Diego, son piropos.

BERROCAL — ¿Piropos? Pos como sigan así van a llegar a las manos,..

CLARA — (*Irónica,*) Puede.

BERROCAL — (*Por María-Isabel.*)La niña es la que parece que va contenta, ¿eh?

CLARA — ¡Ay, Diego! ¡Si vieras cuánto me preocupa mi hermana!

BERROCAL — Ya, ya estoy, señorita Clara. Es poco pez pá una red tan maja.

CLARA — ¿Y por qué no lo ve ella asi?

BERROCAL — Porque... a los veinte años, no se puén ver las cosas como las ve un Celador próximo a jubilarse, señorita Clara.

CLARA — ¿Pues no las veo yo, con veinticuatro?

BERROCAL — Es que usted, señorita, es aparte. A usté la hizo Dios y dijo: «¡Allá va eso»! Y cerró a blancas. Conque a no apurarse, y sea lo que

Diós quiera.

(Lívido, demudado, entra por el foro ABELARDO.)

ABELARDO ¡Ay, señor Diego! ¡Ay, que nos ha visto! ¡Ay, la estanquera! ¡Ay, que viene pa acá dispuesta a tó! ¡De esta pierdo hasta los galones!

CLARA (A Abelarto.) Pero... ¿Es que Solita..?

ABELARDO Sí, señorita, sí; nos queremos.

CLARA !Mira que callado se lo tenía..!

BERROCAL (Que está atisbando desde la puerta del foro. A Abelardo.) ¡Tú, que está aquí ya!

ABELARDO (Dispuesto a marcharse.) ¡Arreando!

BERROCAL ¡Y que viene hecha un capricho e Goya!

ABELARDO (Con cómica desesperación y yendo hacia la puerta de la derecha.) ¡Sujetármelà! ¡sujetármela o no respondo!

CLARA ¡Abelardo!

ABELARDO (Desde la puerta.) ¡Que no respondo, señorita, que no respondo! (Mutis.)

BERROCAL Ya lo creo que no responde... ¡Ni aunque lo llame el director!

(Por el foro llega DOÑA CABEZA, madre de Solita, señora de las de bolso y velo, hecha un basilisco.)

CABEZA ¡Buenos días!

CLARA (Muy afectuosa.) Hola, Cabeza.

BERROCAL Salú, doña Cabeza.

CABEZA Loca la traigo, con que a ver si me busca usted por ahí un sello.

BERROCAL ¿Lo quié usté «Yer»?

CABEZA Lo quiero con gorra de plato, conque ya usted me entiende.

BERROCAL ¿Yo?

CABEZA ¡Usted! Y no se haga el atontao, que ahora no está usté con la caña.

BERROCAL ¡Doña Cabeza!

CABEZA ¡Don Rábanos! (Dirigiéndose a SOLITA que viene tras su madre y se queda en la puerta, mustia y cabizbaja.) ¡Y tú, no te quedes ahí, que quiero calentarte las orejas!

CLARA ¡No la riña usted, Cabeza!

CABEZA Perdóname que contigo me desahogue. Vosotras sois las únicas amigas verdad que me restan de aquellos tiempos míos...

CLARA ¿Pero, qué pasa?

CABEZA La bandera, Clarita, lo último. ¿Qué quiere decir lo último? Pues eso; ¡La mecha! ¡La explosíón! ¡El incendio!

BERROCAL ¿Se le ha quemao a usté el estanco?

CABEZA ¡Ojalá!

BERROCAL ¡Ave María Purísima!

CABEZA ¡Sin pecado concebida! (A Clara, señalando a Sollta.) ¡Ahí la tienes! ¡Sacrificate! ¡Procura *darla* una educación superior! ¡Quítate el pan, quítate la camisa, si a mano viene, para que a ella no le falte nada..!

SOLITA ¡Mamá..!

CABEZA ¡Calla y muérete de vergüenza, mosquita muerta! ¡Pelona!

CLARA ¡Doña Cabeza..!

CABEZA ¡Pelona! Solicita esa vergüenza de estanco que ayude a la pensión, para que ella cultive su arte y resuelva su porvenir sin vender cajetillas, para que sea siempre en sociedad la hija de un ex-gobernador del antiguo régimen, que en paz descanse.

BERROCAL ¿Que en paz descanse el régimen?

CABEZA ¡El Ex-gobernador! Y ¡ojo! que no tolero chuflas.

CLARA A ver si callas Diego.

CABEZA Oyete llamar sin protesta «señá Cabeza la estanquera»—que es igual que sentir una puya sin tope—y cuando ya es capaz de *sacar* un Goya que es *talmente* verlo, asústate, Clarita! Se me pone en relaciones con el último. ¿Qué quiere decir lo último? ¡Pues eso, con un celador!

BERROCAL ¡Señora..! ¿Es que quié usté un duque pá la niña?

CABEZA ¡Quiero un hombre de su clase!

BERROCAL ¡Ah! ¡Vamos! ¡Un estanquero!

CLARA ¡Diego!

BERROCAL Ella misma lo ha dicho.

SOLITA Si no tengo afición, madre. Si me desespero.

¡Ay, Clarita, tú que sabes de ésto, convéncela!

CABEZA — No, si lo que a mi niña le gusta es poner el cocido y arreglar la casa y cuidar el canario. Si por su gusto sería telefonista, o *taquimeca* todo lo más. Cualquier oficio de esos que me horripilan. ¿Que vas a decirme? ¡Taquimeca!

CLARA — ¿Y por qué no?

CABEZA — ¡Ay, hija, tu no sabes lo barato que está eso de a tanto la línea. ¿Tiene disposición? ¡Pues que pinte! Y pintará y venderá copias mejor que toas esas *mamarrachas* de por ahí. ¡Y me saldré con la mía!.

CLARA — ¡Ay, Cabeza, no se empeñe usted...! Porque como Solita tenga aficiones caseras, no la sacará usted de espumar el puchero aunque se figure que pinta mejor que Goya.

BERROCAL — (Afirmando) *¡Áhi,! ¡Áhi,!*

CABEZA — ¿Le duele a usted algo?

BERROCAL — A mi no, ¿y a usted?.

CABEZA — A mi que se meta usted donde no lo llaman; de modo que nada de *áhi*. ¿Es que he puesto yo el estanco por afición? Pues estanquera soy. Y en cuanto a ese, ¡Ja jay! Va a saber también quien es Maria de la Cabeza de Roca y Roca, porque en cuanto que siquiera le mire... ¡vamos! ¡Es que se suplica el coche! ¿Qué quiere decir que se suplica el coche? ¡Pues eso! ¡¡La Sacramental!!

SOLITA — (Suplicante) ¡Madre!

CLARA — (Severamente) ¡Cabeza!

CABEZA — ¡Ni más ni mangas!

CLARA — ¡Por la virgen! ¡Una señora como usted, ponerse así!

CABEZA — En estanquera, hija. ¿No se pone ella en celadora? Aunque tienes razón; una señora como yo lo que debe hacer, es tomarlo a risa. ¡Celadora! (Riéndose sarcásticamente y dirigiéndose a Solita hecha una furia y tratando de llevársela a empujones.) ¡Ja, já! ¡Mi hija celadora! Anda, anda a tu cuadro, si no quieres morir a mis manos.

CLARA (Interponiéndose.) ¡Por Diós, Cabeza! ¡No, no se va con usted de ese modo!

CABEZA Pues que se quede... ¡Que se quede mi niña! (Furiosa otra vez) Y a mi sino me encuentra, que me busque en la Comisaría o en el hospital! (Transición a la risa irónica.) ¡Ah! Y procura tú convencerla, porque yo con la risa no puedo. ¡Já, já! ¡Celadora? ¡Qué salida! ¡¡Mi hija celadora!! ¡Já, já! ¡Es que me muero... que me muero de risa... já... já ..! (Mutis por el foro.)

BERROCAL (Viéndola irse.) Risa *sardánica*, que dicen los médicos. El rapé que se le ha subío a la cabeza, que digo yo.

CLARA (A Berrocal.) ¿Callarás de una vez? Y tú, Solita, ¿cómo no me habías dicho?...

SOLITA Por miedo, Clara; pero ya que puedo confesártelo, te digo que no puedo más. Ni él tiene la culpa de ser humilde, ni yo de quererlo. Estoy decidida. Me voy de mi casa.

CLARA Tú harás lo que yo te mande, que es irte con tu madre ahora mismo. ¡No faltaba más!.

SOLITA (Dejándose convencer.) ¡No cederá nunca, Clara!

CLARA Pues aunque no ceda. Ven conmigo. El tiempo le curará su manía, y si no, mira... ¡Que traspase el estanco! Vamos. (Hacen mutis por el foro.)

BERROCAL ¡Sin corazón que tiene la muchacha! ¿Eh? Digo... ¡Escuela de Madrid! (Entra por la derecha RAFAEL LA RIVA.)

RAFAEL ¡Gracias a Dios qus me veo libre! (Fijándose en que no está Clara.) Pero... ¿Ya no están?

BERROCAL Hombre... ¡Solo! ¡Ni por radiotelefonía!

RAFAEL Diga, celador, ¿estas señoritas?...

BERROCAL Vienen pronto.

RAFAEL ¡Ah! Menos mal. (Tiene la obsesión de la Perla, y durante toda la escena estará distraido o absorto ante la copia y ante el cuadro original.)

BERROCAL (Aparte.) ¡"Trompita!,, va por tí! (Pausa breve.) Diga usted, señor... Como antes le oí a usted... ¿Le interesaría adquirir una buena copia de

«La Perla»?

RAFAEL No, señor.

BERROCAL ¡Caray, qué rapidez! Le advierto que es de «Trompita». (Mohino ante el silencio del otro, pero sin dar su brazo a torcer.) ¡Claro! Usted dirá, ¿y porque no me la ofrece «Trompita»?... ¿No?

RAFAEL Yo no digo nada.

BERROCAL Ya, ya lo veo... Pero es que «Trompita» es sordo, ¿sabe usted?... (Al ver que Rafael no le hace caso.) ¡Es sordo!... ¿Quié usted que la veamos? Ahí la tengo en la portería... Orilla de aquí... ¿No? ¡Sordo! ¡Sordo o no tié educación! (Pasea detrás de él.) Y de precio... ¡un regalo!.. Por setenta duros...

RAFAEL Que no, que no me interesa.

BERROCAL No, ¡jé! Si digo que por setenta duros la queria dar Trompita, pero yo, despues de oirle lo de antes, a los cincuenta rebajé de un golpe.

RAFAEL Pero ¿cómo le voy a decir que no, señor mío?

BERROCAL Eso me dije yo... ¿Cómo me vá a decir que no... si hasta en cuarenta duros se la doy si quiere?

RAFAEL (Aparte) ¡Valiente mosca! ¡Y la Montoria sin parecer! (Al ver entrar por el foro a CLARA) ¡Ah!

CLARA (Desde el foro.) ¿Ya de vuelta, señor La Riva?

RAFAEL Y a pedirle perdón.

CLARA (Yendo al cuadro y disponiéndose a trabajar.) ¿A mi..? ¿Por qué?

RAFAEL Porque...

BERROCAL Porque ya digo... Hasta en cuarenta duros...

RAFAEL (Con aire) Oiga usted señor mio... Le compro eso y todo lo que quiera; pero con una condición...

BERROCAL Usté me manda.

RAFAEL (Sacando unos billetes de la cartera.) Tome; cuarenta duros. La condición es que ahora, ahora, me deje usted en paz. ¿Estamos?

BERROCAL (Atando cabos.) De modo que ahora... ¡Ah! Si, señor.,. Estamos... (Tomando los billetes) Y agra-

decído! ya lo creo! ¡cuarenta duros! (Haciendo mutis por el foro.) ¡«Trompita»! ¡Pesca redonda! (Mostrando dos billetes de cien pesetas) ¡No contabas tú con que cayera este par de barbos! (Mutis.)

RAFAEL — Perdóneme usted, señorita; pero es que quiero que lo que hablemos sea para los dos solamente.

CLARA — ¡Jesús, qué misterio!

RAFAEL — Por buscar esta ocasión me marché antes, y por eso he espantado de aquí a ese celador que—entre paréntesis—es un mosquito trompetero.

CLARA — ¡Pobre Berrocal! ¡Si es mas bueno..!

RAFAEL — ¡Bueno, será; pero mosquito, también!

CLARA — Por lo visto le ha picado a usted.

RAFAEL — Y me ha hecho una roncha; pero dejemos esto. Yo le ruego que me disculpe si en lo que voy a decirle encuentra algo... ¿Cómo diré yo..? inesperado para usted.

CLARA — ¿Inesperado?

RAFAEL — Yo, señorita, tengo un temperamento nervioso...

CLARA — Hombre, contrario al mio. Yo soy linfática, mire.

RAFAEL — Algo exaltado si se quiere...

CLARA — ¡Huy! ¡Yo tengo una calma..!

RAFAEL — Pero, al mismo tiempo, soy firme en mis resoluciones. Mi tesón aunque de Córdoba, parece aragonés.

CLARA — El mío puede reirse de todos los aragoneses. En algo habíamos de parecernos. Pero, nada de ésto es... inesperado, señor La Riva.

RAFAEL — Para justificarme, es necesario. Yo señorita desde hace tres días que llegué a Madrid, y vine a esta sala, ni sosiego, ni como, ni duermo...

CLARA — ¿Dormir tampoco? ¡Vaya por Diós! Le recomiendo el Veronal. Es buenísimo. A papá le sienta ¡Huy!...

RAFAEL — Sin más rodeos, señorita. Yo deseo ardientemente poseer esa copia.

CLARA (Con fingido asombro) ¿Cómo..? ¿Esta copia..?

RAFAEL Si. Y quisiera que, desinteresadamente o a cambio de lo que me pida, como recuerdo de esta amistad que empieza, como sea, por lo que sea, me la cediera usted.

CLARA ¡Qué honor! Muchas gracias, La Riva; es usted amabilísimo. No creí qne esto (Por la copia) pudiera quitar el sueño a nadie. Pero, hombre de Diós, si es una *birria*..!

RAFAEL Es un acierto enorme. Y usted lo sabe. Cédamela usted, Clara.

CLARA Con mucho gusto lo haría, pero me es imposible, amigo mío. Bien sabe Dios que lo siento; pero tiene ya su destino. Perdóneme esta negativa rotunda...

RAFAEL Contaba con ella, y tal vez eso sea lo que me fuerza a desearla.

CLARA ¡Ah. si..! Pues... por esta vez... están verdes amigo.

RAFAEL Para mi, no. Creo que en el mundo todo es es cuestión de suerte, de dinero o de audacia; aquí hasta ahora me ha fallado la suerte, pero nada más. ¿Quiere usted que hablemos de dinero?

CLARA Si lo desea usted. ¿por qué no..? ¿A como están los francos, señor La Riva?

RAFAEL Le ruego, Clara, que no lo tome a broma.

CLARA ¿Pues como quiere que lo tome, hombre de Diós? ¿Es que quiere poner precio a la dichosa copia?

RAFAEL Quiero que se lo ponga usted. Tengo una fortuna.

CLARA Que sea enhorabuena; pero no me basta.

RAFAEL Quiere decir que...

CLARA Que siguen estando verdes, La Riva.

RAFAEL Y que yo debo insistir, aun apelando a todos los recursos.

CLARA Para negar yo, naturalmente, apelando a los mios.

RAFAEL Pues apelaré, se lo juro. Tengo un nombre,

una posición social y una fortuna...

CLARA ¡Ah!

RAFAEL Todo lo pongo a contribución por conseguirlo. (Con solemnidad) Clara Montoria... Autoríceme usted para pedir hoy mismo su mano.

CLARA ¿Mi mano?... ¡Ja, ja, ¡Vamos. hombre! ¿Y eso es todo lo que se le ocurre? ¿Casarse con una mujer a quien no quiere? ¡Pues sí que iba a pagar caro el caprichito! ¡No, hijo, no! ¡Qué horror! Aparte de que hay otra razón principalísima...

RAFAEL Que usted no quiere casarse, y basta.

CLARA ¿Cómo que no quiero casarme? ¿Quién se lo ha dicho a usted?

RAFAEL (Esperanzado) ¡Ah! ¿Sí?

CLARA Que me caso, La Riva; que me caso el mes que viene.

RAFAEL ¿Usted? ¿Qué se casa?...

CLARA Si, hombre, si. No ponga esa cara. ¡Que me caso! Y con un hombre que por cierto no se parece a usted ni por el forro. Templado, sin nervios... y sin caprichos. El único que tiene soy yo. Por eso estoy pintando esta copia, y por eso no puedo regalársela como yo quisiera. Ya se lo habrá figurado. Es para... nuestra alcoba.

RAFAEL (Exaltado.) ¡Clara!

CLARA ¿Eh? ¿Qué dice usted ahora?

RAFAEL Que está visto mi fracaso; pero que el mundo da muchas vueltas y yo insistiré siempre. Y he de tenerla apelando a todo; aunque tenga que matar a su marido y casarme luego con usted.

CLARA ¡Hombre! ¡Pobrecillo!

RAFAEL Adiós, señorita. Perdóneme.

CLARA Pero... se marcha usted así... ¿Sin esperar a Julio?

RAFAEL Sin esperar a nadie. Discúlpeme usted... es que... no respondo de mis nervios. Dígales...

No... pero, sí... dígales que hoy mismo salgo de Madrid. Adiós.

**Clara** Adiós, señor La Riva.

**Rafael** Adiós, señorita.

**Clara** Y buen viaje...

**Rafael** Gracias. (Aparte al mutis) ¿Se burla esta mujer? ¡Ah, no! Pues conmigo no juega. Ni ella ni nadie. No sabe bien de lo que soy capáz. (Mutis por la derecha.)

**Clara** (Viéndolo irse) ¡Já, já! Caprichitos a mí... ¡En globo va el pobre! Y como guapo, es guapo. Eso es aparte.

(Suenan dentro dos palmadas que se repiten al poco rato. Clara recoge sus bártulos para marcharse.)

**Abelardo** (Dentro.) ¡Se va a cerrar!

(MARI-ISABEL entra, gozosa, por el foro, seguida de JULIO.)

**M. Isabel** (Abrazando a su hermana.) ¡Clara! ¡por fín! ¡Se destapó! Ahí le tienes. En Junio me pide. (A Julio) Saluda a tu hermana.

(BERROCAL pasa desde el foro hacia la izquierda y con mucho mimo coloca la copia pintada junto a la pared, como estaba al principio del acto.)

**Julio** (Dando la mano a clara.) ¡Clara!

**Clara** ¡Quiérala usted mucho, mucho, Julio!

**Julio** Se hará lo que se pueda, ¿no?.

**Berrocal** (Dando dos palmadas en el hueco de la izquierda.) ¡Se va a cerrar!

**Clara** (A Berrocal) Adiós, Diego.

**Berrocal** Hasta mañana, señoritas.

**Julio** Pero... Y Rafael La Riva, ¿no estaba aquí?

**Clara** Se ha marchado.

**M. Isabel** ¿Y qué? ¿Ha hablado contigo? Dime...

**Clara** Ya te contaré. Vamos. ¿No te dije que íbamos a reirnos? ¡Pobre cordobés!

**Rafael** (Que aparece medio oculto en el hueco de la derecha.) ¿Eh?

(Riendo hacen mutis los tres por el foro.)

**Berrocal** (Los sigue y de espaldas al público, en la puerta del foro los despide.) Adiós, señoritas, adiós, hasta mañana.

(RAFAEL aprovecha el momento y pasa rápidamente de la sala de la derecha a la de la izquierda, sin ser visto.)

BERROCAL (Dando otras dos palmadas en la pueria de la derecha.) ¡Se va a cerrar!. (Y hace mutis por la derecha.)

(Apenas se va. RAFAEL surge, y sigilosamente descubre la copia duda un instante y por último, con un fino cortaplumas corta el lienzo, tapando luego el marco, hace un rollo con aquel. y precipítadamente lo oculta bajo la americana.)

RAFAEL Reirse de mí... ¡No!... ¡¡Como sea!! (Y hace mutis por el foro.)

TELÓN

**Fin del acto primero.**

# ACTO SEGUNDO

En Noviembre o Diciembre, unos ocho meses después de lo ocurrido en el acto anterior, se desarrollan las escenas de éste, en una sala de confianza, elegante y sencillamente puesta, de la casa de Montoria, en Madrid, con amplio hueco de entrada al foro y dos puertas, una en cada lateral.—Es por la tarde.

(JULIO DEL VALLE, sentado en una butaca, fuma nerviosamente mientras lee, abstraido, una carta. Viste de luto.)

JULIO (Guardándose la carta y dando un golpe en el brazo de la butaca.) ¡Pues señor, bién! ¡Maravillosamente bién! Nada, que hemos hecho las diez de últimas. ¡Maldita sea mi suerte! (UNA DONCELLA que ha pasado por el foro de izquierda a derecha, entra nuevamente)

DONCELLA Señor, las señoritas de Sanuy.

JULIO (Dando un salto en la butaca.) ¿Eh?... ¡Pues solo faltaba esto!.. (A la Doncella.) ¡Que pasen!.. Y avise a las señoritas. Ellas las recibirán.

DONCELLA Bien, señor. (Se marcha por el foro.)

JULIO O que se larguen. ¡Pues bonito humor tengo yo para aguantar sonatas! (Hace mutis por la derecha, quedando un momento la escena sola. Seguidos de LA DONCELLA llegan por el foro CHUCHITA, FIFI y FLORITO.)

DONCELLA Tengan la bondad... Las señoritas saldrán enseguida.

CHUCHITA Digales que sin prisas, ¿eh?, que nosotros somos de confianza.

(Reverencia y mutis de la doncella. Hay una pequeña pausa mientras se acomodan.)

FIFI (Echándose hacia atrás el "renard" que lleva.) ¡Uff! Pare-

ce que está vivo el «renard». ¡Y es que está esto de calefa!...

FLORITO Echando bombas, como yo. ¡Me meteis a mí en unos fregados!

CHUCHITA (Con voz confidencial, que es como ha de llevarse toda la escena.) ¡No seas facha, Florín; si nos largamos enseguida!

FLORITO Es que a mi, este plan de luto no me vá, chicas. Como yo cumplo siempre con un tarjetazo o un telefonema que dice: «Sentido pésame. Floro», no se me ocurren mas que esas dos palabras: «Sentido pésame». Así es que en cuanto las suelte, servidor, alumno de sordo-mudos.

CHUCHITA (Aguantando la risa.) ¡Calla, calla, por Diós!

FIFI (Observando la habitación.) En el aspecto no se nota nada de lo que dicen, tú.

CHUCHITA ¡Yo, chica, tengo una curiosidad..! Mira que, si es cierto, ¿qué va a hacer esta gente?

FLORITO Vender cañamones.

FIFI Oye, ¿y cómo justificamos el no haber venido?

CHUCHITA Pondremos mala a mamá. Ah, lo que no quiero son lagrimitas, Fifí, qué como se te vaya el «rimmel», adiós pestañas, y no es plán para ir luego a «Viena».

FIFI Calla, que están aquí.

(Por la derecha llegan, en efecto, CLARA y MARI-ISABEL. Visten de riguroso luto.)

CHUCHITA (Abrazando a Clara.) ¡Clara!

FIFI (Abrazando a Mari Isabel.) ¡Mari-Isabel!

CLARA ¡Hola!

FLORITO (Saludándolas.) Buenas tardes, Clara ¡Mari-Isabel..!

M. ISABEL (Dándole la mano después que Clara.) ¿Qué tal..?

FLORITO ¡Eh..! ¡Sentido pésame!

CLARA Gracias. Siéntate, Chuchita. Siéntese, Floro.

(Despues de los saludos, se sientan y se hace un silencio embarazoso. Florito, fastidiado durante toda la escena, bostezará disimuladamente, jugará con los dedos y se aburrirá de un modo solemne.)

| | |
|---|---|
| CHUCHITA | Chicas, todos los días queriendo venir a veros; pero no ha sido posible... Mamá .. Sabes... |
| M. ISABEL | ¡Ah! ¿Sí? ¿Qué le ocurre? |
| CHUCHITA | ¡Un susto horrible! Que os diga Florín... |
| FLORITO | ¡Uff..! |
| CHUCHITA | Como siempre; los nervios suyos. Por eso no viene; teneis que disculparla. |
| CLARA | ¡No faltaba más! Pues no he sabido nada. |
| M. ISABEL | Ni yo. |
| FLORITO | (Aparte.) Ni ella. |
| CHUCHITA | En Puerta de Hierro, una tarde tomando el té, supimos vuestra desgracia. ¡Horrible, chica! ¡A mamá le causó una impresión..! Eter tuvimos que darle a oler entre pasta y pasta, no te digo más... |
| CLARA | (Después de un silencio.) Ayer hizo dos meses... |
| FIFI | ¡Pobre don Horacio! ¡Si parece mentira, tan bueno y tan sano! |
| CLARA | No. Ya él venía padeciendo. Desde que terminó la guerra, tuvo muchos disgustos. El pobre trabajaba mucho y se quejaba alguna vez de ahogos. Aquel día, saliendo de un Consejo del Banco del Riff, al tomar el coche, cayó al suelo redondo: le auxiliaron, hubo tiempo de ponerle una inyección; pero todo inútil. Cuando me lo trajeron, ya venía muerto... |
| CHUCHITA | ¡Qué horror, chica! ¿Congestión, quizás? |
| CLARA | Aneurisma, dijo Sánchez Rubio. |
| | (Otro silencio embarazoso que al fín rompe Florito.) |
| FLORITO | ¡Qué burrada! |
| CHUCHITA | ¡Quién había de decirlo! ¡Tan alegre como estaba el día de tu boda, Mari-Isabel! |
| M. ISABEL | ¡Y al mes justo..! |
| FIFI | Tuvísteis que suspender el viaje de novios, ¿verdad? |
| M. ISABEL | En Biarritz. Pero tuve siquiera el consuelo de verlo. Vinimos en automóvil en siete horas. |

CHUCHITA ¡Ya es correr!

FLORITO Lo menos a cien la media. ¿Guiaba Julio?

M. ISABEL Sí.

FLORITO ¡Qué hacha!

CHUCHITA ¡Ay, qué gusto! Yo, como tengo el vértigo de la velocidad, daría algo por hacer un viaje así.

FIFI ¡Chuchita!

CHUCHITA ¡Aparte el motivo, claro! (Otra pausa, durante la cual Florito se dedica a cualquier inocente deporte: soplar en el cogote a Chuchita, hacer algún equilibrio con bastón y sombrero: lo que al actor se le ocurra.) ¡Bueno! ¡Bueno!

FIFI ¡Qué mundo este!

CHUCHITA ¿Y qué? Supongo que os habrá dejado las cosas en regla.

M. ISABEL (Tímidamente como si negara.) Sí...

CLARA (Interrumpiéndola.) Aún no hemos tenido tiempo más que para llorarle, Chuchita.

CHUCHITA Es qué... perdona, chica. ¡Qué gente la de este Madrid! Figúrate que dicen...

CLARA Ya comprenderás que nos tiene sin cuidado lo que la gente diga. Lo único que lamentamos es haberlo perdido a él.

CHUCHITA Eso sí; pero nuestro interés... ¡Como os queremos tanto..!

CLARA Y yo te lo agradezco... ¡Qué tiene que ver!

FIFI Chuchi. No olvides que mamá está sola y es la hora del té.

M. ISABEL Pero, ¿ya os vais? ¿Tan pronto?

CHUCHITA Sí. hija. Visita de médico.

FIFI Quisiéramos estar un ratito más; pero, ya sabes, mamuchi...

CHUCHITA (Despidiéndose de Clara.) Nada os decimos. Ya sabeis la parte que llevamos en vuestra pena.

CLARA ¡Ya, ya..!

CHUCHITA Adiós, monina. Muchas cosas a Julio. (Clara pulsa un timbre y aparece LA DONCELLA en el foro.)

FLORITO (Dándoles la mano.) ¡Adiós, Clara! ¡Adiós, Marisa Yo... ya... ¡Sentido pésame!

M. ISABEL (Contestando por las dos, porque Clara ni lo mira.) Gracias.

CHUCHITA No salid, chicas, no faltaba más... (Aparte a su hermana y a Florito.) ¿Eh? ¿Qué os decía yo..?

FLORITO (Aparte también, al hacer mutis.) ¡Cañamones!

(Se van por el foro, seguidos de la doncella. Esta vuelve a pasar luego de derecha a izquierda, por el foro.)

CLARA ¡Son insufribles!

M. ISABEL Mujer, que pueden oirte...

CLARA ¡Mejor! No sé como he tenido paciencia... (Disponiéndose a marcharse por la izquierda.) Si no tuviéramos más consuelo que éste...

M. ISABEL ¿Dónde vas?

CLARA A seguir trabajando, si puedo. (Mutis por la izquierda.)

(Queda Mari-Isabel un instante sola. Por la derecha sale JULIO, con gabán al brazo y sombrero en la mano.)

M. ISABEL ¿Vas a salir?

JULIO Sí. ¿Querías algo?

M. ISABEL Verte, hombre. Hoy apenas te he visto.

JULIO Pues ya me estás viendo.

M. ISABEL Acaban de irse las de Sanuy.

JULIO Ya lo sé.

M. ISABEL ¿Cómo no has salido?

JULIO Porque no quiero oir estupideces. Bastante tiene uno con las que hace, para aguantar las de los demás.

M. ISABEL ¡¡Julio!!

JULIO Perdona, hija; pero estoy de un humor de perros.

M. ISABEL ¿Hay algo nuevo?

JULIO Y gordo. Acaba de escribirme Rovira. (Dando una carta a Mari-Isabel, que ésta lee en voz baja.) Toma. Lee.

M. ISABEL (Con desaliento, después de devolver la carta a Julio.) Es decir, que esta última esperanza...

JULIO Perdida. Creíamos libres esas dos fincas de Medellín, y pesan sobre ellas hipotecas con pacto de retro y plazo fijo por un valor de más de novecientas mil pesetas. El veintisiete, es decir, dentro de ocho días, vence el plazo de prórroga concedido por los acree-

dores, y, o se pagan las pesetas o se pierden las fincas. Eso es todo.

M. ISABEL Bueno; pero...

JULIO Sin pero. Como está hecha la declaración de herederos y no tenemos un cuarto, porque tu buen papá liquidó hasta el último clavo, dejándonos por puertas, quiere decir que se lo llevará todo el demonio. ¡Esta es la situación! Y ahora, dime si no hizo bien en morirse antes de pegarse un tiro, para no ver que nos lo pegamos nosotros ahora.

M. ISABEL ¡Julio! Hizo lo que debía; pagar, dejándonos en cambio su honor y su nombre.

JULIO ¡Bonita herencia! Nos comeremos el nombre con patatas, no queda otro recurso.

M. ISABEL Sí; queda el de nuestro cariño.

JULIO Mira, déjate de pamplinas ahora. ¿Qué tendrá que ver?

M. ISABEL No me quieres, Julio. Desde que conocimos nuestra ruina eres otro.

JULIO ¡Ah! ¿No es quererte preocuparme de nuestro porvenir, verdad?

M. ISABEL Y yo te lo agradezco; pero preferiría... ¡qué se yo! Que no te preocuparas tanto! Quiéreme tú, y Diós nos dará la solución.

JULIO (Después de una breve reflexión.) ¿Y si yo te dijera que la tengo?

M. ISABEL (Con súbita alegría.) ¡Julio..! ¿Tú..?

JULIO ¡Yo! La solución rotunda.

M. ISABEL ¡Salvarnos! ¡Y por tí! ¡Qué alegría, Julio, qué alegría, y qué injusta he sido..! Pero... es que te quiero tanto, ¡tanto! ¿Qué haría yo porque lo comprendieras?

JULIO Ayudarme ahora.

M. ISABEL ¿Y lo has dudado? ¿En qué? ¿Cómo? Dime...

JULIO (Después de mirar con cautela hacia donde se fué Clara. Con inflexión de voz más baja.) Rafael La Riva está en Madrid.

M. ISABEL (Con estupor.) ¡Julio!

JULIO He hablado con él esta mañana. Desde que

se llevó el cuadro anda desatentado. Quiere a todo trance hablar con Clara... Le ha escrito sin recibir respuesta. Ha tratado de hablar con ella, una mañana, al salir del Cristo...

M. ISABEL ¡Ah..! No sabía... ¿Y ella..?

JULIO Sin mirarlo siquiera, se metió en el coche. Esto lo tiene fuera de sí; y ciego por ella, es capaz de cometer cualquier disparate.

M. ISABEL Lo creo.

JULIO Y... ¿No te parece, nena, que podemos encauzar ese disparate para que sea nuestra salvación?

M. ISABEL ¿Qué quieres decir, Julio?

JULIO Que debemos convencer a Clara para que lo reciba, haciéndole ver que de ella depende el porvenir de su casa.

M. ISABEL En todo caso, el de ella; el nuestro...

JULIO También.

M. ISABEL ¿Y cómo..?

JULIO (Más confidencial que nunca.) Poniendo por condición a La Riva, al traerlo aquí, que cancele esa hipoteca. Salvadas las fincas, que valen unos tres millones de pesetas, la nuestra, es nuestra, y después... ¡el Diluvio..! A nosotros ¿qué?

M. ISABEL Yo no soy capaz de proponérselo, Julio.

JULIO ¿Y si te lo mando?

M. ISABEL No, Julio... (Pausa.)

JULIO (Variando de táctica.) ¿Y... si te lo suplico? (A una débil negativa de ella.) Es el bienestar, (Acercándosele mucho, muy bajo a su oido, casi abrazándola.) el porve- de esos hijos que tanto deseas. Es mi cariño el que te lo pide.,.

M. ISABEL (Vencida.) Julio..!

JULIO Lo harás. Yo sé que lo harás... Por mi...

M. ISABEL ¡Por ti! ¡Todo, Julio! Por ti... por verte siempre como ahora mismo... así... siempre...

JULIO ¡Siempre! ¿Lo harás?

M. ISABEL Lo intentaré. Hablaré con Clara.

JULIO (Abrazándola con júbilo.) ¡Mi Marisa!

M. ISABEL (Abandonándose) ¡Julio..! ¡Por ti..!

JULIO (Cambiando de tono) ¡Ea, pues basta ya de mimitos... (Llevándola hacia la derecha con una mano sobre el hombro.) Busca la ocasión, hoy mismo, ¿eh? No hay tiempo que perder.

M. ISABEL Pero... ¿te vas tú?

JULIO A buscarlo. A traerlo.

M. ISABEL ¡Julio..!

JULIO ¡Anda, tontilla. anda! (La abraza dulcemente y cuando ella deja caer la cabeza en su hombro, la besa.)

(En la puerta del foro aparece BERROCAL. Al verlos abrazados. y como ellos no le han visto a él, se queda parado y perplejo, sin atreverse a entrar. Viste de uniforme como en el primer acto, pero los pantalones son otros, más anchos v más largos. Viene descubierto y trae unos listones de madera en la mano, bien cepillados, propios para enmarcar un lienzo, y un rollo de ésta tela, destinado a ese objeto.)

BERROCAL ¡Azúcar! ¡Y luego dicen que yo no pesco ná!

(Mari-Isabel hace mutis por la derecha.)

JULIO (Viéndola irse.) ¡Soy el amo..! Y ahora, al otro.

(Al recojer el gabán y sombrero, que dejó en cualquier parte ve a Berrocal que sigue en el foro.)

BERROCAL Buenas tardes, señorito,

JULIO (Poniéndose el gabán.) ¡Hola..! ¡De modo (Con retintín) que aquí otra vez! ¡Bueno, hombre, bueno! De... pesca, ¿eh?

BERROCAL A armar unos lienzos de la señorita. Yo, en esta casa... ¡jé! Ya he pescao tó lo que tenía que pescar, señorito Julio.

JULIO Pues... ¿sabe usted lo que le digo?

BERROCAL El señorito mandará.

JULIO Que los... pescadores, al Tajo.

BERROCAL ¡¡Señorito!!

JULIO (Marcándolo mucho.) Y los... Celadores, al Museo.

BERROCAL Pero,.. ¿es que me echa usted de aquí?

JULIO ¡Yo! ¡Al fiel Berrocal! No, hombre, no. Es qué yo también soy de la Escuela... naturalista. Quiero decir que esta mañana le he visto a usted donde no me convenía verlo. Y nada mas. Conque, a ver si me pesca usted

esta advertencia, porque yo... no me dejo pescar. (Yéndose hacia el foro.)

BERROCAL ¡Don Julio..! Yo.. La casualidad... Que fuí a...

JULIO (Desde el foro) Ya usted me entiende. ¡Yo no me dejo pescar! (Recalcando la frase. Se marcha.)

BERROCAL (Primero queda atónito, luego, al ver que se ha marchado, se repone y como dirigiéndose a él, dice.) ¡Ya lo creo que no te dejas! Ahora, que, aquí, has equivocao el camino, só zángano. (Deja los objetos que trae, sobre una silla, y se sienta en otra a esperar. A poco entra Clara por la derecha.)

CLARA Hola, Diego. ¿Cómo no has pasado al estudio?

BERROCAL (Levantándose, respetuoso.) Me dijo la chica que aguardase aquí...

CLARA Es igual. ¿Traes eso?

BERROCAL Eso... (Señalando a los lienzos y a la madera) y otra cosa que le interesa a la señorita Clara. (Bajando la voz) El tal, estuvo ayer en el Museo.

CLARA ¿Y qué? ¿Habló contigo?

BERROCAL Habló y no se decirle a usté si es un loco, o un desgraciao. Cuando le referí el escándalo que allí se armó, después de aquello, se me echó a reir, de forma que poco me faltó pá darle lo suyo; que viejo y tó, aún me sobran calzones. (Subiéndose por la cintura los que tiene puestos.)

CLARA (Risueña.) Y te sobran, Diego.

BERROCAL Son de un compañero. Los míos están pá unos cuchillos. Pero cuando le dije que la señorita declaró que fué ella quien cortó la copia por su voluntá y qué... ¡Vamos..! que lo había menospreciao, rechinó los dientes, se fué pá «La Perla» sin mirarme, y observándolo yo, ví que se le caían dos lagrimones como pá apagar un fuego.

CLARA (Con satisfacción.) Bien, hombre... Y, ¿nada más?

BERROCAL Si. Hoy he vuelto a verle, y esto pué que le interese más.

CLARA ¿Por qué?

BERROCAL Porque a eso de la una, pasando por el «Pá-

las» le vi sentao en una mesa con otro. Volví a pasar pa cerciorarme, y el otro era el de marras, señorita, el que quiso desafiarlo entonces.

CLARA ¡¡Julio!!

BERROCAL Don Julio, que por los paseitos acaba de darme a entender que tengo en las narices un principio e erisipela.

CLARA (Para ella) Me lo figuraba.

BERROCAL (Echándose mano a las narices.) ¿Que se lo figuraba usté, señorita?

CLARA Lo conozco muy bién. Gracias, Diego. Y a mi hermana de esto, ni palabra.

BERROCAL (Cambiando rápidamente la conversación al ver que MARI-ISABEL sale por la derecha.) Total, que me ha costao regañar con Trompita.

M. ISABEL Hola, Diego.

BERROCAL Diós guarde a usté, señorita. Ya he visto al señorito tan bueno.

M. ISABEL Si, gracias a Diós. ¿Y tú?

BERROCAL Pensando ya en recojer los aparejos, señorita. La semana que viene, me jubilan.

CLARA ¡Diego!

M. ISABEL ¡Pero, hombre!...

BERROCAL Cosas de chicos. ¡Jé! Los tres duros y medio que cumplo, y que, por lo visto, le pesan más al Estao que a mí.

CLARA Eso no puede ser. Ya habrá algún medio de evitarlo...

BERROCAL Ninguno, señorita. ¡Sentimiento me da! No tengo más arrimo que esta casa, y el de aquellas salas donde he pasao cuarenta años de mi vida. ¡Son tres duros y medio los que cumplo!... ¡Qué se le va a hacer!..,

CLARA No te aflijas, Diego. Diós sabe lo mejor.

M. ISABEL Pues claro, tonto.

BERROCAL No, señoritas, quiá! En no faltando la salú... quié decir que iremos al Jarama y comeremos peces, como las focas.

CLARA (Medio abrazándolo) La salud... y el cariño nuestro.

M. ISABEL (Lo mismo.) Di que sí, Dieguillo...

BERROCAL ¡Jé...! ¡Qué señoritas! Olvidan sus penas por aliviar la mía... Ahora si que pué que llore... (LA DONCELLA, se presenta en el foro, después de haber pasadode izquierda a derecha por el forillo.)

DONCELLA Señoritas. Doña María de la Cabeza de Roca.

BERROCAL ¡Atiza! Yo me voy.

CLARA (A Berrocal.) Quédate. (A la doncella por lo que trajo Berrocal.) Lleve esto al estudio. Que pase esa señora. (Se marcha la doncella después de recoger lo que le ordenan.)

BERROCAL Señorita... si es que no pueo verla, sin regañar con ella... ¡Y aquí, no pué ser!

CLARA Te aguantas.

(Acompañada por LA DONCELLA se presenta DOÑA CABEZA en el foro. Se retira la doncella, cuando entra Doña Cabeza, tambaleándose, los ojos enrojecidos de llorar y la barba en el pecho. Al ver a las Montoria se lléva el pañuelo a los ojos y llora.)

CABEZA (Con ronco gemido) ¡Ay!

M. ISABEL ¡Cabeza!

CLARA ¡Por Diós! ¿Qué es eso? Siéntese, siéntese, ¿que le ocurre?

CABEZA ¡Ay, Clara! ¡Ay, Mari-Isabel! ¡Ay, Berrocal! ¡Ay...! (Mirando a todos lados como si buscase a alguien.)

BERROCAL Ya no hay nadie más, señora.

CLARA ¡Vamos, vamos! ¡Calma! ¿Qué le pasa?...

CABEZA ¡Ay, Clara!

M. ISABEL Anda, Diego; trae un vaso de agua.

CABEZA No, no, ¡Agua no! ¡Ya estoy tranquila! ¡La impresión de veros!... ¡Qué horas llevo desde ayer a las doce!

BERROCAL Pero... ¡Quiere usté hablar, que nos tiene en puntillas!...

CABEZA (En un gemido.) ¡Ay, Berrocal!

BERROCAL Y si es que yo le estorbo, me largo ahora mismo...

CABEZA No; no se vaya. Ya sé que es usted un infeliz.

BERROCAL ¡Señora!...

CABEZA Inocente de lo que me pasa.

BERROCAL ¡Ah! Bueno; eso sí.

CABEZA — Pero es que estoy muerta, desesperada. Ese uniforme me aterra; me muerde esa levita; me sublevan esos pantalones...

BERROCAL — (Mirándose.) Mal me están, si señora; pero no creo que sea pa tanto.

CLARA — Vamos, ¿quiere usted decirnos de una vez?...

CABEZA — ¡La deshonra de mi casa, hijas, el borrón! ¿Qué quiere decir el borrón? Pues eso: ¡La mancha!... (Llorando.) ¡Me ahogo!

CLARA — Vamos, vamos. Cálmese, cuente...

CABEZA — Cuento parece, si no chorreara sangre! Yo, ya sabeis, me opuse a las relaciones de mi hija, y redoblé la vigilancia con ella, quizás hasta la exageración.

BERROCAL — Me costa. Allí la pusieron "La niña de las dos cabezas"!

CABEZA — Pues no tiene gracia. Bueno. Ella pinta que pinta, y yo vigila que vigila, ya me iba entrando la tranquilidad al verla siempre callada y humilde, cuando hace seis noches... ¡No me quiero acordar!... Yo soy radioescucha, ¿sabes?

M. ISABEL — ¡Ah! ¿Si?.

CABEZA — Tengo esa paciencia. Pues aprovechó la niña, sin duda para que no la oyese bien, que tenía yo puesto el casco de los auriculares, para largarme a boca de jarro la siguiente minucia: "Mamá; mañana vendrá a pedirme la hermana de ese". ¡Mira!... Hasta la galena se quedó muda. Salté como una leona, sin acordarme del casco; salió corriendo y yo detrás, y... ¡no querais saber, porque creo que hasta la mordí!

CLARA — ¡Por Diós! ¡Qué atrocidad!

CABEZA — Y la hubiera matado, si no me doy cuenta de que llevaba colgando de las orejas, antena, bobina, tierra y todos los cacharros que los hilos cogieron por delante.

BERROCAL — ¡Vaya zipizape!

CABEZA — Pués fué un conato al lado del que armamos

al día siguiente la otra y yo. Total: que ayer bajé al estanco un momento por ser día de saca, y cuando volví... no puedo decirlo... Solita... ¡Se había escapado de casa!

BERROCAL ¿La niña?

CABEZA ¡Desaparecida!

BERROCAL ¡Cristo! ¡Y van ocho!

M. ISABEL ¡Por Diós! ¡Por Diós!

CLARA ¡Qué locura!

CABEZA ¡Qué vergüenza, Diós mío! (Llorando.) ¡La hija de un ex-gobernador!...

M. ISABEL ¡Pero si no es posible!...

CABEZA ¿Que no? ¡Lee y santíguate!. (Le da a Clara una tira de papel, que fué margen de un periódico.)

CLARA (Leyendo en la tira.) "Me voy. No me busques, si antes no me perdonas. Te quiere más que nunca, Solita."

CABEZA ¡Falsa, mala hija! ¡Pelona! (Llorando) ¡Ha muerto! ¡Ha muerto para mí!

CLARA ¡Vaya! ¡No hay que ponerse de ese modo! Tal vez haya remedio... ¿Qué ha hecho usted?

CABEZA Nada. Volverme loca y venir a buscaros para que me aconsejeis. Estoy tonta, abombada...

CLARA Pues... no hay más que el perdón, Cabeza; pero inmediatamente; antes de que se entere nadie. ¡Que se casen y en paz!

CABEZA ¿Con mi consentimiento? ¡Nunca! ¡Adiós ilusiones! ¡Adiós porvenir! ¡Y ese estanco, Diós mío!... ¡Ay, si su padre levantara la cabeza! (Llora.)

M. ISABEL Clara tiene razón, y usted, que es buena, la ha de perdonar, ¿verdad, Cabeza? (Cabeza niega debilmente, moviendo la suya.)

CLARA ¡Pues claro que sí! Ella, como usted ahora, vendrá también a buscarnos; la conozco. Le ofreceremos su perdón... y lo demás vendrá por sus pasos contados. ¡Ea! No se hable más de ello.

CABEZA Que os lo agradezca a vosotras. ¡A mi, no! Si la perdono, no es por ella, sino por no ver

mi nombre tirado en el arroyo. Es un sacrificio más por esa hija sin entrañas. ¡Y qué sacrificio! ¡Vosotras lo sabeis!

CLARA Lo sabemos, Cabeza; pero que se casen...

CABEZA ¡Que se casen! De todos modos, ha muerto para mi. ¡Ha muerto! Por que con él no transijo. ¡Con él no! ¿Qué quiere decir que nó? Pues eso, ¡que lo ahorquen!

CLARA Vaya, calma, serenidad. ¡Si todo tiene arreglo en este mundo!

CABEZA Menos la muerte. Y esos para mí, R. I. P. A.

BERROCAL (Aparte.) La A es Abelardo.

CABEZA (Levantándose.) ¡Adiós, Clara! ¡Adiós, Mari-Isabel! Gracias por vuestros consuelos... ¡Adiós, Berrocal! (Sin mirarlo. El va a darle la mano, y ella se tapa los ojos con el pañuelo.) ¡No puedo, no puedo ver ese uniforme!

CLARA Y ahora, a casita; a esperar tranquilamente. Todavía hemos de verla a usted viviendo con ellos. (Acompañándola hasta el foro.)

CABEZA (En el foro ya.) ¿Con ellos? No me conoces. ¡Eso si que no! (Apurándose.) ¿En mi casa el ladrón de mi honra? ¿Vivir conmigo ese tintero de mi mancha? ¡Jamás! ¡Ah!... ¡Yo os lo aseguro! Como decía el pobre de mi marido: ¡Felipe y yo contra otros dos, y si no, al tiempo! (Hace mutis por el foro. LA DONCELLA para acompañarla, pasa por el forillo, de izquierda a derecha.)

CLARA (Despidiéndola desde el foro.) Ya, ya lo veremos.

BERROCAL Pero, ¿quién había de decir que ese atontao, iba a ser capaz de semejante rato?

M. ISABEL Rapto, Diego; con pé. Rapto.

BERROCAL ¡Rappto! Es mas difícil; pero así será cuando usté lo dice.

CLARA (Viniendo del foro.) Me dá lástima esa pobre Cabeza.

M. ISABEL ¡Es que esa Solita!...

CLARA Hay que ayudarla en esta situación. (A Berrocal) Abelardo no habrá ido al Museo, ¿verdad?

BERROCAL — Pidió licencia, señorita. ¡El gachó es un *rapto* largo!

CLARA — ¡Pues es preciso que sepamos su paradero! ¿El no tiene una hermana?

BERROCAL — Casá con un sastre.

CLARA — Pues vete a su casa ahora mismo, y con lo que averigües, te vienes aquí.

BERROCAL — Como usté mande. (Preparándose a marchar.) ¡Miá tú el lila ese! ¡Por eso me dijo que iba a faltar unos días, porque tenía que hacer! ¡Jé! ¡Ya lo creo que tenía que hacer!... ¡Y menuda chapuza!... (Hace mutis por el foro.)

CLARA — Cada día estoy mas convencida, Mari-Isabel. Son nuestros gustos, nuestras aficiones, las que mandan. Es el caso de Solita... Que me avisen cuando vuelva Diego. ¿sabes? (Dirigiéndose hacia la izquierda.)

M. ISABEL — Clara... ¡No te vayas!

CLARA — ¿Qué quieres?

M. ISABEL — (Inquieta y con cierto temor.) Hablar contigo...

CLARA — ¡Chiquilla! Estás nerviosa... ¿Qué te pasa?

M. ISABEL — Nuestra ruina, que me aterra, hermana.

CLARA — ¡Bah! Todo será que trabajemos y que se disminuyan los gastos. Aun nos quedan esas fincas de Medellín.

M. ISABEL — Están perdidas, Clara... O pagamos dentro de ocho días cerca de un millón de pesetas, o se pierden las fincas, que valen más de tres.

CLARA — ¡Jesús! ¡Jesús!... Es decir, que, aparte de los catorce o quince mil duros que valgan nuestras alhajas y estos cuatro cachivaches, ¡nuestra ruina es total!

M. ISABEL — Completa, Clara. No es ya reducirnos, como dices; es renunciar a todo, carecer de lo indispensable; y a esto no es posible resignarse. (Llora.) No es posible... ¿Qué he hecho yo para merecer este castigo?...

CLARA — No ofendas a Diós. Ni la pobreza es castigo, ni hay motivo para que hables así; tienes a tu marido; él buscará el modo de salir ade-

lante. Tal vez sea esta la prueba a que te somete Diós para conocerlo.

M. Isabel — Julio me quiere, yo lo sé...

Clara — Diós lo haga; pero...

M. Isabel — ¿Es que lo dudas?

Clara — Es... que lo conozco.

M. Isabel — (Con pena.) ¡Clara!

Clara — Y porque lo conozco he renunciado a todo, hasta a mis confidencias de siempre contigo.

M. Isabel — Eso, ya lo sé. ¡Si hasta me has ocultado que has visto a La Riva, que lo espías, que sigues sus pasos, que te interesa cada día más!...

Clara — ¡Mari-Isabel! ¿Qué dices?

M. Isabel — Digo... que de esto sé yo más que tú, y a mi no me engañas. Clara, tú quieres a La Riva.

Clara — Calla, Mari-Isabel.

M. Isabel — (Cariñosa e insinuante.) Lo quieres, ¿no es verdad?

Clara — (Despues de un momento de vacilación.) Sí; a pesar de su hazaña, a pesar de todo. Me interesa ese hombre, pero... hay algo más entre los dos que nos separará siempre...!

M. Isabel — ¿Algo más? Dime...

Clara — ¿Para qué? Sólo te diré que antes de casarme con él, habría de borrar cuanto ha hecho, no con palabras, sino con actos que probaran su inocencia o su arrepentimiento. Mientras, no sabrá nunca que es el único hombre a quién yo he de querer en este mundo, faltando en él mi padre.

M. Isabel — ¿Tan grave es la ofensa?

Clara — De las que una mujer digna no perdona.

M. Isabel — Pero tu no debes sacrificarte de ese modo. Quizás sea un error, una ofuscación tuya... ¿Qué sé yo..? Tal vez una explicación... Habla con él, Clara, recíbelo.

Clara — Eso, no. Cuando hablemos será por que lo merezca. Hoy no.

M. Isabel — Si, Clara; recíbelo.

Clara — No insistas. Es cosa resuelta.

M. Isabel — ¿Y si yo te lo suplicara..?

CLARA ¿Pero que interés tienes?

M. ISABEL El de tu cariño, hermana; el de tu porvenir.

CLARA Ya sabes que no me asusta.

M. ISABEL Es que el tuyo... (Bajando la cabeza.) ¡bien pudiera ser el nuestro..!

CLARA (Casi en un grito.) ¡Mari-Isabel! ¿Qué dices? (Mari-Isabel llora. Comprendiendo.) ¡Ah..! ¡Julio! ¡Julio!

M. ISABEL Hazlo por mi, Clara... ¡Por él, que es mi vida...

CLARA ¡Déjame!

M. ISABEL Por la memoria de nuestro padre. Recíbelo.

CLARA ¡Calla! ¡Jamás! Ya puedes decírselo a tu marido.

M. ISABEL ¡Clara!

CLARA (Haciendo mutis por la derecha.) ¡Jamás!

M. ISABEL (Llorando cae en una butaca.) ¡Diós mío¡ ¡Diós mío!

(Por el foro entra JULIO)

JULIO ¡Mari-Isabel!

M. ISABEL ¡Julio!

JULIO (Con vivísimo interés.) ¿Qué? ¿Qué hay? ¿Le hablaste?

M. ISABEL (Con abatimiento.) Sí...

JULIO (Comprendiendo.) ¡Y se niega! (Reprimiendo una injuria) M... ¡Esa mujer..! ¡Ah! ¡Pero no ha de valerle! Rafael hablará con ella aunque tenga que apelar a todos los medios. ¡Te juro que me va a conocer tu hermana! (Llamando al timbre.)

M. ISABEL (Suplicante.) ¡Julio!

JULIO ¡Me va a conocer! (Se presenta LA DONCELLA en el foro. A la doncella.) Vendrá a buscarme un señor; Don Rafael La Riva; inmediatamente lo pasa aquí y me avisa.

DONCELLA Bien, señorito ¿nada más?

JULIO Nada más. Vamos, Mari-Isabel.

(Se marchan por la derecha. La doncella enciende el aparato de luz; pone en su sitio algún objeto caído o arregla la colocación de alguna silla, para dar algún tiempo de pausa, y por fín se va a marchar por el foro cuando aparecen en él BERROCAL y ABELARDO. Este viste de paisano y trae capa.)

BERROCAL Hola, chiquita.

DONCELLA Hola, señor Berrocal. ¿Ya de vuelta?

BERROCAL Sí. Di a las señoritas que traigo al pez cojido por las mismas agallas.

DONCELLA ¿Cómo?

BERROCAL Tú, díselo así.

DONCELLA Bueno, bueno. (Mutis por la derecha.)

BERROCAL (A Abelardo.) Y tú, don Juan Tenorio embozao, pasa, que aquí es donde tiés que soltar la capa. Siéntate. (Abelardo pasa un tanto alicortado y va a sentarse en la misma silla donde estuvo doña Cabeza.) ¡No! ¡Ahí no, que te quemas!

ABELARDO (Levantándose rápido.) ¿Eh?

BERROCAL Que ahí es donde se ha sentao tu suegra.

ABELARDO (Retirándose.) ¡Atiza!

BERROCAL ¡Jé! (Poniéndole una mano en el hombro.) ¡Conque... de licencia! ¿Eh..? Y tu padrastro, ¿qué dice de estas vacaciones?

ABELARDO Pero... ¿Usté no sabe que me ha dejao la mercería?

BERROCAL ¡Dejarte la tienda! ¿Se ha vuelto loco?

ABELARDO Que aquello iba a dar el espetáculo, y que hemos hecho un trato; pero que firmao na más...

BERROCAL A ver... a ver...

ABELARDO Poner la tienda a mi nombre y darle yo vitalicio manutención y ropa, mas dos duros diarios pá sus gastos.

BERROCAL Total, quié decir que no vuelves a pisar el Museo, y que a Ribera...

ABELARDO A Ribera, por mi parte, también le han dado dos duros, sañor Diego.

BERROCAL Calla. La señorita...

(CLARA aparece en la puerta de la derecha. Berrocal y Abelardo se levantan respetuosamente.)

ABELARDO (Adelantándose a saludarla.) ¡Señorita Clara..!

CLARA Pero... ¿usted aquí?

BERROCAL Pá lo que guste usté de darle entre oreja y oreja.

CLARA Antes de nada, Abelardo. ¿Dónde está Solita?

ABELARDO Con mi hermana. Tan segura y honrá como en su casa propia.

CLARA En su casa es donde debiera estar.

ABELARDO Y de allí no hubiera salido; pero ni yo servía pá celador, ni ella pá pintamonas, señorita. ¡Que la ha oblígao a pintar dos «majas» que eran *talmente* dos manos de mortero! Cuando tuve mi tienda, la pedí por derecho, como los hombres honraos piden esas cosas; por toa contestación supe que se había enredao a golpes con ella... ¡Y eso no! La llevé con mi hermana y allí está sin consentir que yo la vea, mientras usté no le saca el perdón a su madre. Por eso estoy aquí, pá suplicárselo a usté aunque sea de rodillas.

CLARA Y ya está conseguido.

ABELARDO (Con jubilosa gratitud) ¡Señorita!

BERROCAL ¡Vaya un abogao que te ha salío, tendero!

CLARA Arregle los papeles mientras yo obtengo la autorización escrita de su madre, y, ¿hoy que, es, lunes..? el jueves a la Vicaría.

ABELARDO (Queriéndose arrodillar ante Clara.) Señorita Clara. ¡Déjeme usté que la bese las manos!

CLARA (Retirándose.) ¡Quite, hombre de Diós!

BERROCAL (Alzándolo e interponiéndose.) ¡Deja los besos pá después del jueves, salao!

ABELARDO Es que todavía quisiera yo pedirle otro favor...

BERROCAL ¿Qué mas quieres, pelón?

ABELARDO Que usté nos apadrine, señorita, y ya que falta su padre, con su cuñao don Julio.

CLARA (Rápidamente.) ¡Eso, no!

BERROCAL (Que ha comprendido la razón de la negativa.) ¡Cacho e rosca. ¿No ves que no estamos pá fiestas con el luto?

ABELARDO Verdá. Usté dispense, pero es que desde ayer no sé como tengo mi cabeza.

BERROCAL ¿Tú... «Cabeza...»? Pues como pá pedirle unos puros escogidos, ná mas.

ABELARDO ¡Adiós, señorita! ¡Que Diós se lo pague! Voy

corriendo a darle esta alegría... (Al ver que Diego quiere acompañarle.) No. Yo voy solo; tó el pasillo alante, ya sé. ¡Voy más contento que si fuesen míos..! ¿qué..? ¡Los Almacenes Rodríguez! (Se va por el foro hacia la izquierda.)

BERROCAL Adiós, atontao...

CLARA Es un gran muchacho.

BERROCAL ¡De ley! ¡Señor... escuela de Madrid!

CLARA (Riendo.) ¿Y doña Cabeza, de qué escuela es, Dieguillo?

BERROCAL Esa, con permiso de usté, es... analfabeta.

CLARA Bueno. ¿Vamos ahora a armar esos lienzos? (Yendo hacia la izquierda.)

BERROCAL Y a levantarle a usté un altar en el estudio.

CLARA Anda, anda... (Mutis por la puerta de la izquierda.)

BERROCAL ¡Renacimiento puro! ¡Y «La Perla», tú! (Mutis detrás de ella.)

(Por el foro entra LA DONCELLA, seguida de RAFAEL LA RIVA.)

DONCELLA Tenga la bondad de esperar un instante. Voy a avisar.

(Rafael asiente; al mismo tiempo sale JULIO por la derecha.)

JULIO (A la doncella.) No hace falta; puede retirarse. (A Rafael.) Hola, chico. (Mirando su reloj.) Te has adelantado media hora.

RAFAEL Es igual, Julio. ¿Dónde está Clara?

JULIO ¡Pára, cochero! Antes veremos a mi mujer, si te parece...

RAFAEL Es verdad. Discúlpame; pero ya comprenderás como estoy de nervios. Quiero darle las gracias por su intervención en este asunto.

JULIO Era su deber... y el mío. Las gracias te las debemos a ti; a tu generosidad.

RAFAEL No hablemos de eso, Julio.

JULIO ¿Cómo no he de hablar? Me ha impresionado enormemente este rasgo tuyo. Eres un amigo, Rafael, un gran amigo.

RAFAEL Soy un hombre que no repara en los medios de conseguir lo que se propone, y tu proposición ha sido un verdadero rayo de luz para mí. Lo que quieras y como lo quieras; todo,

por verla, porque me escuche. Esa mujer es lo único que me interesa en el mundo. Anda, llévame donde esté, y ¡te lo suplico! dejadnos que hablemos solos, una hora, dos, un momento, lo que sea; pero ya...

JULIO Sí, hombre, sí, anda, pasa. Aquí verás a Mari-Isabel.

RAFAEL ¿Y a Clara?

JULIO ¡Ten paciencia, hombre, ten paciencia!

(Hacen mutis por la derecha. Por la izquierda llega BERROCAL, registrándose todos los bolsillos).

BERROCAL Que yo lo traje tó, no tiene duda. Lienzo y listones, cola y tachuelas; pero las cuñas... ¿no me las habré dejao en los otros calzones? (Metiendo la mano en el bolsillo derecho del pantalón.) Bueno. Este bolsíllo es mas hondo y más salao que el Cantábrico. ¡Cristo! Hasta el codo. ¡Y quiá! Yo lo puse todo en esta silla... ¿Las metería en la gorra? Vamos a ver. (Yéndose por el foro.)

JULIO (Entrando por la derecha.) Bien. Y ahora a atar el cabito que falta. La cuestión está en ponerlos frente a frente.

(Vuelve BERROCAL por el foro.)

BERROCAL (Sin ver a Julio, recontando unas cuñitas de madera que trae.) Ya decía yo...

JULIO (Aparte al verlo.) ¡Ah! ¡Qué idea! (A Berrocal.) Hola, querido pescador... ¿Dónde camina el hombre?

BERROCAL Ahí, al estudio, señorito. Vine por unas cuñas que había perdido... ¡Jé! Pero es lo que se dice... «borriquito caliente...» Aquí las tenía...

JULIO ¿Dónde?

BERROCAL En este bolsillo, (por el derecho del pantalón.) que pué servirle al amo de los calzones pá refugiarse en él los días de lluvia... ¡Jé! Y si no manda nada el señorito...

JULIO (Jovialmente.) Mando que no me haga caso el celador por las bromas de antes...

BERROCAL ¡Ah! Pero... ¿Fué broma..?

JULIO — Naturalmente, hombre. Y para demostrárselo voy ahora a ocuparme de que se retrase eso de la jubilación cuanto sea posible.

BERROCAL — ¡Señorito..!

JULIO — Pero antes debo consultar con la señorita Clara... ¿Quiere usted decirle que venga aquí un momento para hablar del asunto?

BERROCAL — Ya lo creo, señorito Julio... Diós se lo pague... ¡Voy en un vuelo..! ¿Que venga aqui, no..?

JULIO — Si enseguida...

BERROCAL — (Aparte haciendo mutis) Enseguida... ¿Qué pasará? Porque este garbanzo no se ha cocido en tu olla. ¡A mi, no..! (Mutis por la izquierda.)

JULIO — (Yendo hacia la izquierda y llamando a Rafael desde la puerta.) ¡Rafael! Haz el favor. (Llega despues de un momento RAFAEL.)

RAFAEL — ¿Qué? Pero... Clara...

JULIO — Ahora mismo vendrá aquí. Se hará la sorprendida, ¿sabes..? Cosas de mujeres... Ya tú las conoces y nada te digo... Suerte, ¿eh?, suerte...

RAFAEL — Pero... ¿Tú, te vas?

JULIO — Sí ¿No te parece? Estas cosas deben afrontarse así, cara a cara. Y, conociéndote, más.

RAFAEL — Tienes razón. Déjame.

JULIO — (Dándole la mano.) Lo que te digo. ¡Suerte!

RAFAEL — Gracias.

JULIO — (Aparte, haciendo mutis por la derecha.) Hecho... y no va más. (Pausa.)

(Rafael va hacia el foro, y cuando está ya en él, de espaldas al espectador, llega CLARA por la izquierda y sin mirarlo, se dirije al lado opuesto. Al sentir sus pasos, Rafael se vuelve rápidamente, llamándola.)

RAFAEL — ¡Clara! ¡Ah! ¡¡Por fin!!

CLARA — (Sorprendida.) ¿Usted?

RAFAEL — ¡Yo! No se sorprenda. Yo que busqué la ocasión de hablarle; yo, que no sueño desde hace ocho meses, más que con este momento.

CLARA — Para entrar dignamente en esta casa, ya sa-

be usted la tarjeta que ha debido dejar en la portería.

RAFAEL La copia. Lo sé; pero no he podido. Era lo único que yo tenía de usted, y no me resignaba a perderlo. Escúcheme usted, Clara.

CLARA Le escucho. Bien sabe Diós que contra mi voluntad; pero tal vez sea necesario. Hable.

RAFAEL Yo la ofendí a usted llevándome la copia. Hice mal, lo declaro; pero me la llevé, porque usted se rió cruelmente de mí, y no pude ni quise sufrirlo. Reconózcalo. También hizo usted mal en burlarse de un hombre que le hablaba con toda la exaltación que usted quiera; pero con toda sinceridad también.

CLARA Y arrepentida estoy. Quiere decir que estamos en paz ¿no es eso? Pues si esto es todo, buenas tardes, señor La Riva.

RAFAEL No, Clara, escúcheme. Yo hubiera querido que usted, despechada, me hubiera perseguido, hubiera dado conmigo en la cárcel; pero aquel silencio, esta indiferencia de usted, me han vuelto loco, me han hecho desear su estimación, de tal manera, que si no hubiera logrado entrar en esta casa, la hubiera asaltado.

CLARA Le creo capaz de todo.

RAFAEL Y lo soy.

CLARA No lo jure. Pero mi estimación, señor La Riva, no podrá lograrla jamás. Entre usted y yo hay algo más serio que el...—disculpe la palabra, pero no hay otra,—que el robo del cuadro; algo más hondo, que una mujer como yo no perdona.

RAFAEL ¡Clara!

CLARA Es esta la ocasión de decirlo todo. Pasado el estupor del primer momento, hasta encontré justificada su hazaña, riéndome de la indignación de los demás y de las bravatas de Julio. Había sobre todo aquello la gran sim-

patía que usted me inspiró desde el primer momento...

RAFAEL ¡Ah! ¡Torpe! Pero... ¿es cierto, Clara?

CLARA Yo soy incapaz de mentir. Y le espié y conocí su vida paso a paso... Hasta que un día... ¡Y en qué ocasión! Calientes aún las cenizas de mi padre, aquella simpatía se trocó en indignación... y luego, en el más sincero desprecio, al conocer su hazaña, su verdadera hazaña.

RAFAEL Pero... ¿qué dice usted? ¿Mi hazaña?

CLARA Sí. La del Casino de Córdoba. ¡Ah! ¡Estaba usted bien espiado, señor La Riva!

RAFAEL No sé... ¡Diga, por Diós!

CLARA La de vanagloriarse de haberse llevado la copia. La de decir que, de proponérselo, con audacia o dinero, igual se hubiera llevado a la chica.

RAFAEL ¡Oh, es falso!

CLARA Que al fin y al cabo, la Montoria no era ni más ni menos que otra mujer cualquiera...

RAFAEL (Con gran exaltación.) ¡Es falso! ¡Es mentira! ¿Quién fué? ¿Quién?... ¡Es horrible! ¿Cómo podría yo probarle que es una calumnia asqueante?

CLARA ¿Y cómo puedo yo dudarlo, después de... lo otro?

RAFAEL No, Clara. Yo le arrancaré la lengua como a un perro ¡a quien sea! Pero usted no lo cree; no puede creerlo. Esos espías de usted, que me calumnian, no han sabido decirle que la quiero a usted... como yo solo sé querer: loca, furiosamente...

CLARA (Con emoción dentro de su entereza.) ¡La Riva!...

RAFAEL Como nadie quiere en el mundo. (Acercándose.) Y usted lo sabe. Es su voz, y sus ojos, y sus manos que tiemblan, los que me lo dicen...

CLARA ¡Rafael!

RAFAEL Rafael, sí. Rafael, que sabe también que, a pesar de su amor propio ofendido, a pesar de

su entereza, usted ha de ser su mujer, porque le quiere...

CLARA ¿Eh?

RAFAEL ¡Es mi suerte, esta suerte que me trae la felicidad así, rotundamente, de golpe, como siempre! ¡Clara! ¡Clara mía!...

CLARA ¡Basta, La Riva! Entre usted y yo hay un abismo que no puede salvarse de un salto, como su suerte dice, ni con todo ese puente de palabras bonitas. No ya mi cariño, mi estimación siquiera, solo puede lograrlas con hechos, paso a paso, escalón por escalón. Es algo más difícil de conseguir que la pobre copia de un cuadro. ¡Algo que... no puede robarse!

RAFAEL ¡Clara!

CLARA Sépalo usted.

RAFAEL (Desconcertado.) Pero... Un escalón... Un paso... ¿No es este que doy?

CLARA ¿Cuál?

RAFAEL El de ofrecerle mi nombre, mi cariño...

CLARA ¡Bah! ¡Palabras!

RAFAEL El de salvar su fortuna con la mía...

CLARA Pero.. ¿qué dice usted?

RAFAEL Yo... Tal vez sea un error... pero he sido llamado a esta casa a condición de...

CLARA ¡Basta¡ ¡Oh! ¡Qué indignidad! ¡Y han sido ellos... él... ese canalla! Basta, señor La Riva. Usted, no sé si de buena fé, yo, inocentemente, hemos sido víctimas de una emboscada.

RAFAEL ¿Pero usted, no accedió?..

CLARA ¿Cómo se atreve a suponerlo? Escúcheme. ¡Jamás, jamás... aceptaré sus proposiciones, y ahora, ni siquiera puedo agradecerlas! También falló el dinero. ¡El dinero! ¡Qué asco! Hemos terminado de hablar, señor La Riva, y le suplico que salga de esta casa.

RAFAEL ¡Clara!

CLARA Se lo ruego; sin violencias; se lo súplico. (Pulsa el timbre.)

RAFAEL — Me iré. Será este el primer paso de mi Calvario, y desde luego el más doloroso, por dejar de verla. Yo sabré merecer su estimación; se lo juro. A esto si que no renunciaré nunca. ¡Y en cuanto a ese, va a saber lo que vale el bochorno de un hombre! Buenas tardes, Clara. (Se vá dignamente hacia el foro.)

CLARA — Buenas tardes. (Mutis de Rafael por el forillo derecha. LA DONCELLA le sigue haciendo una pasada por el forillo de izquierda a derecha. Hay un momento de pausa, durante el cual Clara lucha entre su amor y su dignidàd: al fin, dá unos pasos hacia el foro y tiene el arranque de llamar a Rafael con voz ahogada.) ¡Rafael!.. (Arrepentida.) ¡No!.. (Yendo hacía la derecha, llamando.) ¡Mari-Isabel! ¡Mari-Isabel!.. ¡Aquí!

(Llega MARI-ISABEL por la derecha, seguida de JULIO.)

M. ISABEL — (Con la cabeza baja.) ¿Llamabas, Clara?

CLARA — Sí.

JULIO — (Con vehemencia, a Clara.) ¿Y Rafael? ¿Se ha marchado? ¿Por qué? ¡Contesta!

CLARA — (Airadamente.) Quizás por no sufrir la vergüenza de verte....

M. ISABEL — (Suplicante.) ¡Clara!

CLARA — Se fué, y para siempre. ¿Lo oyes bien? ¡Para siempre!

JULIO — (Con amenazadora indignación,) ¡Oh! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?..

CLARA — ¡Descubrirte! ¡Desbaratar tus planes! ¡Salvar mi dignidad de tu bajeza!

JULIO — (Amenazador.) ¡Clara!

CLARA — Hacerte perder la última esperanza de vivir sin trabajar. Eso es lo que hecho.

M. ISABEL — ¡Por Diós, Clara!

JULIO — (Queriendo aparentar tranquilidad.) ¡Déjala! ¿No me ves tranquilo? ¡Si ya consiguió su objeto!.. Lograr tu ruina, por odio a mí, y luego, después de coquetear a su gusto con el otro infeliz, casarse y ser la hermana rica y protectora. Es su plan. Y mientras tanto, vivir pintando monas a mi costa. ¿No es eso?

M. ISABEL No, Julio, no.

CLARA ¡Oh, qué indignante!

JULIO ¡Si te digo que hay para..!

CLARA Hay que morirse de asco y de vergüenza oyéndote. ¡Ah! Ni un momento más en esta casa, que manchaste al entrar. (Llamando por la izquierda.) ¡Diego! ¡Diego!

M. ISABEL ¿Qué vas a hacer, hermana?

CLARA Marcharme, y también para siempre.

JULIO ¿Con él? ¡Bah! ¡No caerá esa breva! (Vuelve la espalda como para marcharse por la derecha.)

CLARA ¡Oh! ¡Canalla!

M. ISABEL No, Clara, no... Atiende... Por mí...

CLARA (Con desprecio.) ¡Y tú te has prestado!.. ¡Ah! ¡Renuncio a todo, hasta a tu cariño, que es el único que me queda en el mundo! Mis alhajas, mis muebles, todo para tí.

M. ISABEL ¡Nó, nó!..

CLARA Tú, con tu marido, y que seas feliz. Yo... con mis ahorros, con mi afición de siempre y mi trabajo honrado, a hacer frente a la vida. (Llamando otra vez.) ¡Diego!

(Se presenta BERROCAL por la izquierda.)

BERROCAL (Sonriente.) ¿Qué? ¿Hubo arreglillo?

CLARA ¡Vámonos, Diego!

BERROCAL ¿A dónde, señorita?

CLARA Hoy a tu casa... Mañana... Diós dirá.

(Julio se marcha por la izquierda. Clara y Berrocal se dirigen hacia el foro. Mari-Isabel cae llorando en un sillón.)

TELÓN RÁPIDO

**Fin del acto segundo**

# ACTO TERCERO

Una habitación amplia, alegre, mezcla de estudio de pintor y de gabinete de recibir con un gran ventanal formando chaflán entre el foro y el lateral izquierdo. Puerta de entrada al foro derecha, y otra, en el lateral del mismo lado.

Es el refugio que ha buscado Clara en París, durante los dos años y medio que próximamente han trascurrido desde el acto anterior.

La decoración y el mueblaje son sencillísimos, pero de buen gusto: un diván con cojines de tonos claros, butacas, una mesita de té, alguna escultura en un rincón, cuadros y cacharros artísticamente colocados en la cornisa del zócalo.

El acto transcurre en las primeras horas de la tarde de un día de Junio.

(Están en escena CLARA, que viste un traje de alivio de luto, DON NICOLÁS FARIAS, su hija ROSA MARIA, portorriqueños, MATEO GABÍN, músico español que lucha en París, MIGUEL DE ROJAS, periodista de fama, y MORLITA, pintor, españoles también.

En la mesita de té, unas botellas de Jerez abiertas, copas y unas pastas, indican que Clara ha invitado a sus visitantes. Al levantarse el telón se oyen risas y algunos aplausos, jaleando a Gabín, quién, copa en mano, habla en pié, junto a su asiento.)

GABÍN — Y con este vino de España, el nuestro, el único en el mundo, brindemos porque el gran triunfo de Clara Montoria, en París, sea el definitivo, la consagración... la... no sé... lá...

MORLITA — La... sostenido. Ya se vé que eres músico, Mateillo.

CLARA Calla, hombre, que iba muy bién. Siga, Mateo.

GABÍN Me ha cortado el hilo. Firmo, rubrico... y bebo! A su salud Clara! (A Rosa-María.) ¡A su salud, señorita! ¡Por su Puerto-Rico y por mi España! (Bebe y los demás lo imitan.)

R. MARIA ¡Grasias! ¡Por España!

MORLITA (A Rosa-María.) Y porque viva mil años su padre, con triple fortuna para que pueda comprarme a mí otro cuadro, como a Clara, a doble precio y mitad de mérito. Acuérdese de mí, don Nicolás. Morla me llamo.

R. MARIA ¡Qué pintoresco es! Falta que su cuadro sea como "Las Sendas". ¿No?

MORLITA Con la mitad me conformo, señorita.

D. NICOLAS Y falta también que obtenga su medaya de oro en el Salón de artistas franseses.

MORLITA Eso es de mi cuenta.

D. NICOLAS Y necesario, para que yo pueda darle por él otros sien mil francos, como a Clara por el suyo.

MORLITA Ya eso es cuenta de usted; pero también me conformo con la mitad.

CLARA Todo se andará, ¿verdad, Perico? Condiciones te sobran.

MORLITA Se andará, y con esa promesa... hasta gastar las suelas.

ROJAS Te veo descalzo.

MORLITA Calla, pincha tinteros; pero... ¿con quién crees que estás hablando?

ROJAS Con un bohemiazo, más listo que el hambre y con mucho talento, eso sí; pero más holgazán que el Sol de invierno.

MORLITA Protesto, pero no replico. Clara, tú que me conoces; defiéndeme como artista, como triunfadora, y como vecina.

R. MARIA ¿Como vesina? ¿Vive aquí, acaso?

MORLITA En el «appartement» de al lado. Un estudio, seis veces más pequeño que este. Solo cabemos tres; mi talento, mi persona, y un gato.

R. MARIA ¿Un gato?

MORLITA Artista como yo. Vive de ilusiones. Mirando al pez de un bodegón que pinto, pasa las horas gruñendo y relamiéndose.

R. MARIA ¡Animalito!

MORLITA ¡Pero cree en mi triunfo! No le pasa lo que a éste, (Por Rojas.) que también es gruñón y es gato.

D. NICOLAS ¿Gato el amigo Rojas?

MORLITA De Madrid nada más.

ROJAS Morlita... ¡Qué te estás jugando tu crónica en mi periódico, y la vas a perder!

MORLITA ¿A que no?

ROJAS ¡Pon que la has perdido!

MORLITA ¡Quiá! ¡Así que no andas a bofetones por un asunto! Después del triunfo de Clara, ¿qué vas a encontrar en París, digno de conocerse en España, más que mi gato y yo?

ROJAS Y te van a conocer. Te lo juro. (Sacando la estilográfica.) Esta se encargará de que te conozcan.

D. NICOLAS (Tomando la pluma de manos de Rojas.) Con su lisensia. Esta pluma española se encargará ahora mismo de premiar el arte español, firmando el cheque para nuestra admirada Clara Montoria... si usted me lo permite.

ROJAS Nunca tendrá mejor empleo ni se verá mas honrada. (Don Nicolás se dispone a escribir en un librito de cheques. Hay un momento de silencio y de emoción en el que solo se oye el rasguear de la pluma en el papel. Gabín y Morla, calladamente, dan sendos apretones de manos a Clara.)

GABÍN (A Morla.) ¡Cien mil francos!

MORLITA (A Gabín por Don Nicolás.) ¡Cien mil! ¡Y que no le tiembla el pulso! ¡Fíjate!

D. NICOLAS (Devolviendo la pluma a Rojas y levantándose.) Grasias. Rosa-María, hija; tuya fué la idea de adquirir el cuadro; justo es que seas tú la que se lo entregues. Toma. (Rosa-María obedece. Clara, con sincera emoción, recibe el cheque y abraza a la portorriqueña.)

CLARA Gracias, Rosa-María. Usted no sabe lo que esto significa para mí. Son muchas horas de

insomnio, de lucha, de lágrimas... Disculpen mi emoción.

GABÍN ¡Lágrimas, lágrimas! No hay obra de arte, que no pague su tributo de ellas.

MORLITA Y que son tan nuestras, tan íntimas, que a veces no salen; se quedan en el corazón. Mi gato sabe algo de esto...

ROJAS (Dando la mano a Clara.) Enhorabuena, Clara.

D. NICOLAS (Lo mismo.) Enhorabuena.

CLARA Gracias. Muchas gracias.

D. NICOLAS Y nos vamos.

CLARA ¿Tan pronto?

D. NICOLAS Sí. ¿Hay quien quiera dar una vuelta con nosotros por los Campos y el Bosque? Dos huecos tengo. ¿Usted Gabín?

GABIN Encantado.

D. NICOLAS (A Morlita.) Y usted, amigo...

R. MARIA (Rápidamente, acudiendo a refrescar la memoria de su padre.) ¡Morla!.. (A Morlita.) Ya vé, que no se me olvida el nombre.

MORLITA En usted confío... Y perdóneme que no acepte. Desde hoy mismo empiezo a trabajar. (A Rojas.) ¡Rabia, cronista!

D. NICOLAS (A Clara.) No la invito, Clara, porque sé que tiene que atender a Rojas.

ROJAS Por mí, de ningún modo; otro día será.

D. NICOLAS No. En cambio, vengan a cenar esta noche con nosotros. A las ocho, ¿no? «Restaurant» Español, «Rue du Helder» ¿Conformes?

CLARA Y agradecidísima.

ROJAS A las ocho.

D. NICOLAS Pues vamos.

R. MARIA (Dando la mano a Clara.) Adiós, Clara.

CLARA Adiós, Rosa-María.

MORLITA (Aparta a Clara.) Clara. Pasa luego a mi estudio. Te lo suplico.

CLARA ¡Hum! ¡Malo! Tu quieres que te preste dinero...

MORLITA ¡Mujer! ¿Por quién me tomas?.. Cien francos nada más, hasta el martes.

R. MARIA ¿Vamos, Morlita? ¡Ah! Y de paso conoceremos a ese simpático gato.

MORLITA ¡Qué honor para la familia! Pero ya verá usted, ya verá usted qué artista...

(Se marchan después de cambiar algunos apretones de manos. Clara sale a despedirlos. Rojas se queda un momento solo y vuelve CLARA.)

CLARA Perdóneme usted, querido Miguel, que le haya hecho esperar. Estoy a su entera devoción.

ROJAS ¿Perdón? ¿Por qué? Yo soy quien debo pedírselo, por haberla privado de un paseo agradable.

CLARA ¡Bah! No se hable de ello. ¿Quiere usted más Jerez? ¿Pastas? ¿Una taza de té?.. Yo misma puedo prepararlo.

ROJAS Muy amable. Opto por el Jerez.

CLARA (Sirviéndole.) Como quiera. De algún modo he de pagarle el honor de su crónica.

ROJAS El honor será siempre mío y del periódico. Ya he mandado a Madrid las fotografías de usted y sus apuntes. «Las sendas» aparecerá en doble plana y a todo color. ¿Está usted contenta?

CLARA Un poco abrumada, créame. Ocho días hace que premiaron el cuadro y aún no me doy cuenta exacta del éxito. ¡Todo me parece un sueño! La medalla de oro, la rápida venta del cuadro, esta misma conversación que acaso lea firmada por usted en la mejor revista de España... ¡Un sueño!

ROJAS ¿Hace mucho que vive usted en París?

CLARA Dos años y medio. Meses después de la muerte de mi padre. La ruina de mi casa me hizo pensar en vivir de lo que antes me servía de distracción y recreo espiritual. Por razones que no son del caso, ni quise, ni podía cultivar mi arte en Madrid; calladamente, sin que nadie supiera de mí, me refugié en este estudio de «Montparnasse,» sin más dinero que

el suficiente para vivir un año modestamente, sin más anhelo que el de trabajar, y sin más compañía que la de ese fiel amigo, antiguo protegido de mi padre, que me vió nacer, y a quien usted conoce.

ROJAS ¿Berrocal? ¡Famoso tipo!

CLARA Celador del Museo del Prado, al jubilarse no quiso dejarme, y trás de mí ha venido, amparando con sus canas mi soledad, y compartiendo conmigo los días amargos, y estos del triunfo. ¡Diós se lo pague!

ROJAS ¿Dónde está? Hoy no lo he visto aquí.

CLARA Salió. A orillas del Sena, en los puentes de la «Cité,» se pasa las tardes.

ROJAS ¿Pescando?

CLARA O haciendo que pesca. Tiene una afición desmedida.

ROJAS Es muy interesante; pero... hablemos de su cuadro, si le parece.

CLARA Como usted quiera.

ROJAS Más que su técnica maravillosa, moderna y clásica a un tiempo, me interesa el origen, el gérmen de su concepción.

CLARA Muy sencillo. Quise llevar al lienzo la idea de que la verdadera felicidad se consigue solo por el propio esfuerzo, lenta, penosamente; jamás de pronto y sin lucha.

ROJAS Y lo consiguió usted. Al Bién, a la Gloria, a aquella luz diáfana del fondo, conducen dos senderos. Un caballero, trágicamente asido a las crines de su cabello, cae despeñado al abismo que se abre, en el que falsamente conduce al Bién. En el otro, largo y áspero, aquella madre soberbia, que parece trazada por la mano alada de Rafael de Urbino...

CLARA ¡Por Diós, Rojas! ¡Ni como galantería!

ROJAS Lo afirmo. Baja la cabeza y con luz de esperanza en sus ojos, anima a su hijo a caminar por la senda que su mano derecha señala.

CLARA Eso es todo.

ROJAS Sí; pero...

CLARA ¡Ah! ¿Hay un pero?

ROJAS La clásica curiosidad periodística necesita más. ¿Me permite usted una pregunta?

CLARA Venga.

ROJAS ¿Ha habido un momento, un hecho real en su vida, que le inspirara la idea fundamental del cuadro?

CLARA (Después de un momento de vacilación.) Sí. Mi hermana, locamente enamorada de un «quidam», que solo buscaba en ella su fortuna, sin atender a consejos, ganó la voluntad de mi padre, y sin cimentar su cariño, sin conocerlo, en cuatro días se casó. Echó por el atajo. La ruina de mi casa fué el abismo de mi cuadro. (Hay un silencio.)

ROJAS ¿Vive en Madrid su hermana?

CLARA Nada sé de ella, desde que estoy en París. Es mi única pena; nadie de mi familia me queda más que ella. Por razones que usted perdonará que calle, me fuí de su lado, y aquí he vivido oculta hasta ahora; no me convenía que se supiera donde estaba, en mucho tiempo. Por eso firmé «Las Sendas» con pseudónimo.

ROJAS ¡Pero no le valió! Nuestra indiscreción de periodistas publicó el verdadero nombre.

CLARA ¡Bah! Después de todo... ¿qué más dá?... Eso sí; le suplico que no diga nada de todo esto.

ROJAS Y nada diré a cambio de que usted conteste a otra pregunta; y esta sí que es indiscreta.

CLARA Me asusta usted; pero pregunte.

ROJAS En esas razones que calla, ¿no vá envuelta alguna historia, algún episodio... de amor?

CLARA (Rápidamente.) ¡No!

ROJAS (Dudándo amablemente.) ¡Uh! ¿Me disculpa si lo dudo?

CLARA ¿Y me perdona usted si no le constesto?

ROJAS Pues otra pregunta. La última. ¿No tiene su cuadro cierta relación con ese episodio?

CLARA Tampoco puedo responderle.

ROJAS Y con esa negativa tengo bastante.

CLARA Es usted sagaz...

ROJAS Y usted interesantísima.

CLARA Una mujer vulgar, después de todo.

ROJAS Y yo... después de todo... un periodista vulgar. (Dentro se oye la voz de BERROCAL.)

BERROCAL ¡Señorita Clara! ¡Señorita!... (Entrando por el foro, se descubre al ver a Rojas, un poco contrariado de que no esté sola.) ¡Ah!... ¡Señorita Clara!... ¡Buenas tardes, don Miguel! (Berrocal ha cambiado su uniforme por un sencillo traje oscuro, y su gorra por un flexible. Trae al hombro colgado un aparejo de pescar, de cañas plegables, regalo de Clara, y en la mano un bolso de mallas vacío.)

ROJAS ¡Insigne Berrocal! ¡Diós le guarde!...

CLARA ¿Cómo tan pronto?... ¿Qué traes, Diego?

BERROCAL (Sin querer hablar delante de Rojas.) No.. Nada... Que.. Nada, señorita.

ROJAS Yo les dejo a ustedes.

CLARA ¿Se marcha ya, Miguel?

ROJAS Muy agradecido a sus atenciones. Enhorabuena... y hasta luego, puesto que cenaremos juntos. Adiós, Berrocal. (Berrocal, solícito, vá por e sombrero de Rojas y al entregárselo, se fija éste en el bolso vacío.) ¿Qué tal esa pesca?...

BERROCAL «Faillie»... que quié decir... ¡Naranjas! Mire.

ROJAS Mal se ha portado el Sena.

BERROCAL La... «Sén,» don Miguel. Aquí tós los ríos son «La.» «La Sén.» «La Márn.» No puedo con eso. ¡Señor! El río es él... ¡el rio! ¿Cuándo hemos dicho nosotros la Tajo, la Pisuerga o la Manzanares?

ROJAS (Riendo.) Nunca.

BERROCAL ¡Natural!

ROJAS Pero, en fín; masculino o femenino, la cuestión es que piquen.

BERROCAL Estos peces saben idiomas, don Miguel. Rondan el cebo y huyen como diciéndo. «¡ Tú, español, ya pués irte a la... Jarama, que aquí te hemos conocido!»

ROJAS ¿Y usted?

BERROCAL Allí con la caña. ¡Pues de buena tierra soy! Y pican. ¡Vaya! Que le pregunten al gato de Morlita.

ROJAS (Riendo y dándole la mano.) Adiós, gran hombre. Hasta luego, Clara.

BERROCAL Vaya usted con Diós.

CLARA (Yendo a acompañarle.) Adiós, Miguel, y gracias; muchas gracias.

ROJAS ¡Bah!... Hasta luego... (Mutis.)

(Berrocal deja la caña y el bolso en un rincón, mientras vuelve CLARA.)

BERROCAL (Mirando a la puerta del foro por donde se fué Clara.) ¡Qué alegre está!... ¿Y cómo se lo digo, señor? ¿Cómo se lo digo?

CLARA (Que entra alborozada, con el cheque en la mano.) ¡Mira, Diego, mira!

BERROCAL ¿Qué?

CLARA Esto... esto... ¿Tú sabes lo que es?

BERROCAL Con esa cara... el recibo de la casa, desde luego, no.

CLARA ¡Bobo!... ¡Cien mil francos!

BERROCAL (Asombrado.) ¡Cien mil francos!

CLARA El precio del cuadro... Un cheque contra el «Banc d' Amerique».

BERROCAL ¡Cristo!

CLARA ¡Es la fortuna! El premio de nuestros afanes. ¡Qué alegría tengo! ¡Qué alegría!

BERROCAL Y yo... Y yo... señorita.

CLARA Llámame Clara, Diego, ¡Clara! ¡De tú!... Como cuando era una chiquilla. ¡Y abrázame, viejecillo!

BERROCAL (Abrazándola.) ¡Hija de mi corazón! Diós no ha querido que me muera sin esta alegría. ¡Bendito sea! (Se separan y hay un silencio.)

CLARA (Dejándose caer en un sillón.) Pero... ¡qué solos estamos, Diego! ¡Qué solos!

BERROCAL ¡Y qué lejos de aquel Madrid de mis sueños! ¡Calle de la Fé de mi alma! ¡Botánico de mi corazón!

CLARA ¿Qué será de mi hermana? ¿Dónde estará? ¿Se habrá enterado de todo esto?

BERROCAL Si lee los periódicos, de seguro.

CLARA ¿Y me escribirá, Diego? Jamás, desde que nos separamos, he tenido el afán que hoy tengo de abrazarla, de quererla, de saber de ella...¿Seguirá en Madrid?

BERROCAL No, señorita.

CLARA ¿Y cómo lo sabes?

BERROCAL Porque... hoy he visto en París... ¿a quién dirá usted, señorita?... ¡A Abelardo!

CLARA ¿A Abelardo?

BERROCAL El mismo. Tan cachiparejo y tan afeitao como siempre. ¡Cristo! ¡Qué alegría me dió!

CLARA ¿Y qué te dijo? ¡Cuenta!

BERROCAL Ya sabe usted... No puedo hablarle de tú, señorita; esto puede más que yo.

CLARA Bueno, hombre, sigue.

BERROCAL Ya sabe usted, mi martingala pa entenderme en francés yendo solo. Hacerme el sordo mudo. Pues manoteando le preguntaba yo a un compañero de caña que dónde compraba los cebos. Uu..? Uu..? Uu..? Eh..? Oh..! ¡Ah..! Cuando de lo alto del muelle oigo que dicen: «¡Eh! señor Diego». Miro... ¡Y Abelardo! Solté el aparejo, me fuí pa él... ¡Y qué abrazo, señorita! Le pregunté por tó, y tanto le preguntaba, que apenas le dejaba hablar. Ha tenido un chico, señorita... ¡Qué cosas pasan! ¡Vamos, él no; la Solita!

CLARA ¡Bueno..! Pero de Mari-Isabel, de mi hermana, ¿qué te dijo?

BERROCAL (Gravemente.) Que hace más de un año que se fué de Madrid, señorita, y que nadie sabe dar razón cierta. Se dice que si embarcó en Cádiz, que si la vieron en la estación del Mediodía. Se habló de unos negocios feos de aquel desgraciao... y luego... nada. Ni rastro de ellos (Clara llora en silencio.)

CLARA ¡Pobre hermana!

BERROCAL ¡Quién sabe, señorita! Pué que hasta sea felíz!

CLARA No.

BERROCAL ¡Quién sabe! Aunque al lao de aquel sábalo... ¡Así lo viera yo en salsa verde..! No llore usted, señorita... ¿Sabe usted que va a venir?

CLARA ¿Quién?

BERROCAL Abelardo. Se quedó con las señas y dijo que hoy mismo, sin falta, vendría. Iba con otro que lo montó en un taxi y a media miel me dejó. Cojí la caña y sin aliento me vine pa acá a esperarlo. ¡Cristo! ¡Qué ración de Madrid voy a darme..! Le pregunté también por el Museo, ¿sabe usted?

CLARA ¿Y qué te dijo?

BERROCAL Que lo único que sabía, es que lo habían alumbrao por fuera; pero él no ha vuelto a entrar. ¿Será canelo?

CLARA Pobre Mari-Isabel..! (Como quitándose una idea, se pasa una mano por la frente y suspira.) ¡Ay..! (Cambiando de tono con naturalidad.) Voy al estudio de Morla. Otra vez está sin dinero.

BERROCAL Lo sé; y el gato también lo sabe.

CLARA Voy a darle doscientos francos. (Sacando dinero de un mueblecito.)

BERROCAL ¿Doscientos? ¡Pobre minino! Tres días va a estar sin ver al amo. Pero, en fín... Vaya por las veces que nos ha sacado él de apuros. Voto por los doscientos.

CLARA Si llega Abelardo me avisas enseguida, ¿eh?

BERROCAL ¡No faltaba más..! (Clara se marcha por el foro. Berrocal canturrea.)

«Por ser la Virgen
de la Paloma
un mantón de la China... chi... naná...»

(Recoje caña y bolso y los mete en la habitación de la derecha, saliendo enseguida. También recoje la bandeja con las copas y las botellas.) ¡Hombre! ¡Y no le pregunté por doña Cabeza! ¿Qué será de ella..? ¿Se habrá

Timbre.

Rubio

ido al Tercio? (Suena un timbre.) ¡Es él! ¡Me dá el corazón que es él! ¡Voy, Abelardo, voy! (Va corriendo hacia el foro. Dentro ya, se le oye esta exclamación.) ¡Cristo! ¡Usted..! (Entra en escena por el foro RAFAEL LA RIVA.)

RAFAEL (Desde la misma puerta, dirigiéndose a Berrocal que aún no ha vuelto ni del portón ni de su asombro.) ¡Yo mismo! No se asombre, ni se alborote... Pase usted que nos interesa a todos.

BERROCAL Dispense usté, señor. Por sorpresa ha entrao usté en esta casa y ahora... con toa la educación que tengo, le ruego que salga de ella... Abierta he dejao la puerta pá eso.

RAFAEL Pues ciérrela.

BERROCAL !Don Rafael!

RAFAEL Ciérrela, y avise a la señorita; se lo ruego.

BERROCAL Hay dos personas que no pueden pisar este estudio sin su consentimiento. Una de ellas, su cuñao don Julio; la otra, usté. Yo le ruego que se marche y no amargue usté su alegría de hoy.

RAFAEL No es ese mi propósito. Y ahorremos palabras, Berrocal. ¿Está Clara en casa?

BERROCAL No, señor.

RAFAEL ¿Dice usted la verdad?

BERROCAL No he mentido nunca, señor...

RAFAEL Bién. Entonces, véngase usted conmigo.

BERROCAL ¿Yo?

RAFAEL Usted. He venido a hablar con ella, y si no lo lograba, a llevármelo a usted.

BERROCAL ¿A dónde y pá qué?

RAFAEL Ya lo sabrá. Vamos.

BERROCAL Usté es el que tiene que irse, don Rafael; que ahora, aquí es donde hago yo falta.

RAFAEL Pues esperaré a Clara.

BERROCAL ¡Don Rafael..!

RAFAEL ¿Qué?

BERROCAL Que por buenas o por malas estoy dispuesto a que se marche usté. Viejo soy; pero me sobran manos. (Rafael sonríe.) Y no se ría usté...

que más vale que sea por buenas, si no quiere usté perder la última esperanza de verla.

RAFAEL Tiene usted razón. Me iré... Pero, óigame. A las cinco en punto estaré en el café «Biard» de esta calle. Allí le espero a usted porque deseo que usted mismo me traiga a su presencia.

BERROCAL ¿Yo?

RAFAEL ¡Usted! Allí hablaremos.

BERROCAL ¿Y qué va usté a decirme en el café, que no pueda ser aquí?

RAFAEL Nada. En esta casa no puedo hablar a nadie más que a Clara. Lo que allí vea y oiga, servirá para convencerle. Adiós, Berrocal... A las cinco en el café «Biard». Y si no va usted... a las cinco y cuarto volveré, y sea como sea, hablaré con ella. ¿Irá usted?

BERROCAL Iré; y Diós quiera que pueda convencerme, porque esta casa no la pisa usté más de esta manera. Iré.

RAFAEL ¿Palabra?

BERROCAL De hombre.

RAFAEL Eso me basta. Adiós, Berrocal. ¡A las cinco!

BERROCAL ¡Vaya usté con Diós! ¡A las cinco..!

(En la puerta del foro se presenta ABELARDO.)

ABELARDO ¿Se puede pasar?

BERROCAL Adelante, Abelardo, adelante.

RAFAEL (A Abelardo.) Buenas tardes. (Se marcha rápidamente.)

ABELARDO Buenas las tenga usté. (A Berrocal.) Señor Diego... ¿Este gachó, no es el de marras?

BERROCAL El mismo, y pa mí que si no le falta un tornillo, por lo menos tié pasá la rosca. Pegao a la paré me ha dejao. Pero... pasa y siéntate, muchacho, que voy a ver si ha bajao la escalera, pa avisar a la señorita. Ya le he dicho que estás aquí.

ABELARDO (Deteniéndolo.) Aguarde usté, que le preparo una sorpresa.

BERROCAL ¿Otra? ¡Rediez con el diita!

(Hacia el foro se oyen lejos, risas de mujer y la voz de doña Cabeza.)

CABEZA (Dentro.) ¡Hija, vaya una escalerita!

BERROCAL Pero... ¿son ellas? ¿Y no me lo habías dicho?

ABELARDO Si no hubo tiempo de ná.

BERROCAL ¡Vamos! ¡Pa achaflanarte un quicio! (Sale disparado hacia la puerta gritando.) ¡Señorita Clara! ¡Señorita..! (Y desaparece precipitadamente.)

ABELARDO (Un momento solo, riendo al verlo marchar.) Ahí va el autobús. ¡Vaya un gas que lleva!

(Se oyen más distintamente que antes las voces. Por el foro llegan: CLARA, medio abrazada a SOLITA, detrás BERROCAL y por fin DOÑA CABEZA con un niño de unos ocho o diez meses, en brazos.)

CLARA (Adelantándose a saludar a Abelardo.) ¡Abelardo!

ABELARDO (Respetuosa y alegremente.) ¡Señorita Clara!

CLARA ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría tan grande! ¡Y qué pena también!

SOLITA ¿Lo sabes ya?

CLARA Por Diego. ¡Pobre hermana mía! (Se abraza a Solita emocionada.)

BERROCAL (A DOÑA CABEZA, que entra en este momento.) Pero, doña Cabeza de mis culpas... ¿A su edad, y con un crío?...

CABEZA Lo que son las cosas.

BERROCAL ¿Y lo enseña usté a pintar?

CABEZA Lo enseño a que arañe a los que se metan con su abuela... ¿Verdad, Belín?

BERROCAL ¿Cómo se llama?

CABEZA ¡Belín!... ¡Abelardo!... Como el mala persona de su padre...

CLARA (A Solita.) ¡Pero qué guapetona estás!

BERROCAL Hecha una rosa. (A Abelardo.) ¡Buén confite te has llevao, goloso!

CLARA Y cuéntenme. ¿Cómo ustedes por estas tierras?

SOLITA Muy sencillo. Verás. Como el negocio crece como la espuma, gracias a la afición y a la actividad de éste (Por Abelardo.) que, aunque este mal que yo lo diga, es único.

ABELARDO Los ojos con que tú me miras, mujer.

CABEZA Nada de ojos. ¿Qué quiere decir único? Pues eso... ¡Un hacha!

ABELARDO ¡Vamos, abuela, vamos!

SOLITA Pues hoy pienso esto, mañana modifico lo de más allá, resultado: que aquel cuchitril de mercería que tú viste, se ha convertido en poco más de dos años, en una tienda con tres puertas a cual más grandes, con dos escaparates a cual más vistosos y desahogados, y con ocho dependientes...

ABELARDO A cual mas desahogao también...

CABEZA (Riéndole la gracia.) ¡Já, já! A cual más desahogao dice... ¡Es que tiene un salero!...

BERROCAL ¡Azúcar!...

ABELARDO Total, nada, señorita. Que mi idea era convertir aquello en una tienda de confecciones; que poco a poco, y con suerte,—eso sí, que no puedo quejarme,—lo he lograo; que las casas de aquí que represento me empujaban a venir, y que una tarde le dije a Solita: «¿Te atreves?..» Y ella me dijo: «¿Y el niño?» Y yo le dije: «Con nosotros, que ni billete paga.» Y aquí estamos todos.

BERROCAL Pero... ¿Y usted, doña Cabeza?

CABEZA Que oyendo la conversación, también me dije: «¿A París? ¡Ay, ay, Belín, que quieren traerte otro hermanito!.. Vámonos juntos tú y yo... y aprovecharemos la baja del franco.» Todo, antes que separarme de tí, ¿verdad rey del mundo?.. Fíjese, Berrocal, qué carita de bobo me pone... ¿A quién se le parece?..

BERROCAL Al ex-gobernador que en paz descanse.

CABEZA ¿Verdad que sí?.. Todo el mundo lo dice. ¡Fíjese! ¡Qué ojillos tan pícaros! ¡Qué perfil tan puro!

BERROCAL ¡Puro! ¡Puro! De estanquero legítimo.

CLARA (Reconviniéndole.) ¡Diego!..

CABEZA ¡Déjalo! Si ya no me hacen mella esas cosas. Al contrario; me río.

CLARA — Ya, ya lo veo. ¿Y cómo ha sido eso?

CABEZA — Lo que pasa. Que entre el padre y el hijo me han robado la voluntad. ¿Qué quiere decir la voluntad? ¡Pues eso! ¡La perilla!

ABELARDO — (Tocándole la cara.) Como usté a mí, abuela. ¡Huy!

CABEZA — ¡Quita allá, mal padre, que me lo despiertas! (Por el niño.)

ABELARDO — Pues así estamos siempre... Ahora, que el día que se levanta en suegra... el «Metro» es agujero pequeño pa esconderse.

BERROCAL — Oye, apropósito del «Metro». ¿Funciona ya el ascensor de la Gran Vía?

ABELARDO — Sí, hombre.

BERROCAL — Rediez, pues que sea enhorabuena.

CLARA — Pero... si es que lo veo y no lo creo...

ABELARDO — Pues nada, en fín de cuentas. Que ni a Solita ni a mí se nos cocía el pan, viéndonos felices y a ella sola en su solo cabo, y que un día... —el mismo en que ésta me dijo un secretito al oido—...

SOLITA — (Reconviniéndole cariñosa.) ¡Abelardo!

ABELARDO — Fuí y le mandé a la abuela un gorrito al estanco... y al més siguiente, dos baberos... y al otro... me presenté en persona con un juego de cristianar. ¡Buen juego!

CABEZA — Y me ganó por la mano, porque él, dicho sea en honor de la verdad, esperaba que yo le arañase.

ABELARDO — ¡Digo, pa no conocerla!

CABEZA — A prevención llevaba una careta de alambre... No te digo más.

ABELARDO — Pero también llevaba el traspaso del estanco.

CABEZA — ¡Y eso me desarmó, Clara! En mi casa es donde está usted haciendo falta a Solita—me dijo—... Se acabaron las sacas y los puros y las cajetillas. Total, que lo abracé llorando, y que desde hace diez meses no veo más puro con faja, que este «Caruncho». ¿Qué« Caruncho»? ¡Que esta «Corona de la Corona»!... ¿Verdad sueño de mi noche? ¡Ay, Clara, si

no quieres cambiar no digo de ideas, sino hasta de color, no tengas nietos!

BERROCAL Ni yernos que traspasen.

CABEZA Verdad, verdad. Oye Solita, ¿qué hora es? Porque el niño... ya sabes...

SOLITA Las cinco van a dar.

BERROCAL ¿Las cinco? ¡Cristo! ¡Cómo pasa el tiempo! Con su permiso, señorita, voy a salir un instante.

CLARA ¿A dónde vas, Diego?

BERROCAL Ahí mismo, al café «Biard»; es un momento. No me despido, no. ¡Si vuelvo enseguida! Cosa de unos minutos.

ABELARDO ¡Cuestión de pesca, quizás!

BERROCAL (Tomando su sombrero.) ¡Jé! ¡Cómo me conoces! Quizás, quizás... Hasta ahora mismo. (Mutis foro.)

ABELARDO (Viéndolo marchar y riendo.) ¡Jé! ¡Qué señor Diego este!

CLARA Ese sí que no varía.

SOLITA Y a todo esto, Clara, ¡que sea enhorabuena!

ABELARDO Verdad. Ya leímos su triunfo.

CLARA Sí. Cada cual en lo nuestro, hemos llegado a donde nos proponíamos. ¿Vé usted, Cabeza?.. Si no hay mas que eso... Nuestras aficiones mandan.

ABELARDO ¡Diga usté que sí! Y pasito a paso se consigue cuanto se quiere. Usté y Solita y yo... ¡y hasta mi suegra! somos un ejemplo.

CABEZA ¿Yo?

ABELARDO ¡Pues claro! ¿O es que no la hemos tañao?.. Si usté lo que quería era pescarme...

CABEZA A ver si te callas o te muerdo, besugo.

CLARA No hay mas que proponerse, y todo llega.

ABELARDO ¡Todo! Hasta la hora de marcharnos.

CLARA ¿Pero ya?..

ABELARDO Sí, señorita; yo tengo que hacer, y quiero dejarlas en la fonda.

CLARA ¿Sin esperar a Diego siquiera?

ABELARDO Le dice usté que mañana temprano vendré a buscarlo.

SOLITA Y nosotros también. No creas que me conformo con este rato. ¡Tenemos tanto que charlar!

CLARA Naturalmente. Yo las acompañaré a todas partes; a la Exposición, al «Louvre», a los Almacenes...

CABEZA Hija, te lo agradeceré, porque este París me tiene loca. ¡Qué mareo, qué bulla, qué autos, qué no entender a la gente!.. ¿Qué quiere decir loca?

SOLITA En francés «folle» mamá.

CABEZA Pues eso, «Fól».

CLARA Pero, Cabeza, ¿usted no habla francés?

CABEZA Nociones solamente: *Monsiure, copsé-copsá, qui vu dí, como la porta vú*... Nociones, ya te digo...

(Suena un timbre.)

CLARA Llaman. Con vuestro permiso.

SOLITA Espera. Nosotros nos vamos antes. Adiós, hasta mañana.

CABEZA Adiós, hija.

CLARA Déjeme besar a su nieto. ¡Es una alhaja! (Lo besa.)

ABELARDO ¡Su padre, clavao!

CABEZA ¡Qué más quisieras! ¡Ah! Y hazme el favor de no llevarnos en el "Metro".

CLARA ¿Por qué, Cabeza?

CABEZA (Al mutis con Clara.) Porque se equivoca con tanto agujero y no hacemos más que bajar y subir escaleras. ¡Parece mentira que con lo topo que es, no sepa andar bajo tierra! (Ríen todos y hacen mutis detrás de ella.)

(Queda un instante la escena sola. A poco entra CLARA con MORLITA.)

CLARA Pasa, Perico.

MORLITA (Entrando.) Españoles... ¿verdad?... Basta oir la bulla que llevan por la escalera.

CLARA Antiguos amigos de casa a quienes tengo que atender.

MORLITA Te compadezco.

CLARA ¿Por qué?

MORLITA — Porque te veo de "cicerone" en la tumba de Napoleón.

CLARA — No te burles. Y dime, ¿qué traes?

MORLITA — Algo que puede interesarte. Mira. (Enseña una carta.)

CLARA — ¿Qué es eso?

MORLITA — Carta de Pepe Ercilla. Desde Chile me escribe.

CLARA — (Al ver las cuatro carillas escritas.) Y largo plumea.

MORLITA — Por entretener el hambre, quizás. Las está pasando duras. Aterra leerla.

CLARA — ¿Y, dices que me interesa?

MORLITA — (Disponiéndose a leer.) Escucha este parrafito. (Lee.) "¿Te acuerdas de Julio del Valle, aquel punto de nuestra peña del Círculo, a quién envidiábamos los gabanes y la cartera? Pues hace dos días me lo encontré en Santiago, maltrecho y sin gabanes; pero, como siempre, acompañado de una mujer monísima, que me presentó como propia. Dice que quiere ser chofer, aunque más pinta tiene de peatón, según vá de atropellado"...

CLARA — No sigas, Perico.

MORLITA — ¡La vida, muchacha! ¡Pobre Mari-Isabel!

CLARA — (Tristemente.) ¡Pobre, sí!

MORLITA — ¡Animo, Clara! ¡Qué demonches! Mejor es tener una hermana casada en Chile, que cinco solteras en Almendralejo, como me pasa a mí. ¡Animo!

CLARA — Gracias, Perico.

MORLITA — A tí, por tus generosos billetes. Y te dejo, que aquí donde los vés, (Sacándolos de un bolsillo.) están deseando tomar el aire.

BERROCAL — (Desde dentro.) ¡Señorita!... ¡Señorita Clara!..

MORLITA — Ahí tienes a Berrocal. Adiós. «¡Pío, felice, triunfador..» Morlita! (Va a hacer mutis y se cruza en la puerta con BERROCAL, que llega. Deteniéndolo.) «Monsieur le pecheur!» Ahí vá la llave de mi estudio. En sus manos encomiendo mi gato.

BERROCAL — (Tomando la llave.) Adiós, señor Morla, adiós.

(Morlita hace mutis.)(Dirigiéndose a Clara con visible emoción.) ¡Clara!... ¡Señorita Clara!...

CLARA ¿Qué te ocurre?... Estás demudado...

BERROCAL Sin pulso, señorita... porque verá... yo... sin rodeos. Don Rafael La Riva está en París y quiere hablar con usté.

CLARA ¡Diego!

BERROCAL Y Diego... Fíjese, señorita, Diego, le suplica a usté que lo reciba.

CLARA ¿Qué dices? ¿Tú?

BERROCAL Yo... que lo he traido hasta aquí.

CLARA ¿Y cómo has consentido?... ¿Por qué?.,.

BERROCAL Porque antes... me dió esta tarjeta de presentación. (Saca de debajo de la americana un rollo: El lienzo que rasgó Rafael, y lo muestra a Clara)

CLARA ¡Mi copia!

BERROCAL ¡Su copia! Escúchelo usté, se lo suplico. ¡Es un hombre, señorita, un hombre!... (Clara deja la copia en la mesita. Llamando hacia el foro.) ¡Don Rafael! ¡Pase!

CLARA (Temblando.) ¿Aquí?... (A Berrocal.) Quédate, Diego.

BERROCAL No, señorita; sé lo que me hago. . sé lo que me hago. (Deja pasar a RAFAEL y se marcha por el foro.)

RAFAEL (Desde la puerta al ver a Clara.) ¡Clara! (Adelantándose hacia Clara.) ¡Clara!

CLARA (Con emoción que pretende disimular.) ¡La Riva! ¿Usted?..

RAFAEL Yo. Perdóneme. (Acercándosele.) Es mi corazón el que habla después de tanto tiempo de torturas. Clara, ¿por qué me huyó usted? Lejos de aplacar mis nervios, de encauzar mi voluntad como quería, esta separación ha servido para exaltarme más, para desear su cariño con más afán que nunca...

CLARA ¡Rafael!

RAFAEL Y usted me huyó porque me temía; por no estar segura de que flaquease su dignidad ofendida ante este cariño arrollador que nos une, a pesar del tiempo y de la separación y de su misma voluntad.

CLARA — Eso, no, La Riva. Nada le autoriza a hablar de ese modo. Me marché, sin huirle, para tener mi casa, para poder decirle, como ahora, que no puede entrar en ella sin haber satisfecho su deuda: mi afrenta de Córdoba; mi dignidad ofendida aquella tarde en que me creyó capaz de venderme.

RAFAEL — No, Clara.

CLARA — Ya vé cómo, a pesar del tiempo y de la separación, ese cariño arrollador de que habla, hay que merecerlo.

RAFAEL — Mi cariño no pone condiciones.

CLARA — El mío, sí.

RAFAEL — Porque no es tan grande.

CLARA — Quizás; pero es más sereno, más reposado, más para siempre.

RAFAEL — Y yo lo merezco, Clara. Me iré de esta casa y no volveré a pisarla hasta que usted lo quiera; pero antes escúcheme, se lo suplico. El cobarde que la afrentó calumniándome, fué el mismo que aquella tarde se valió de mí para ofender su dignidad.

CLARA — ¡Julio!!

RAFAEL — Julio. Antes de su boda, fué a Córdoba a pedirme dinero. Porque no se lo negara presumía de su íntima amistad conmigo, me adulaba. Una noche aprovechó mi ausencia para hablar jocosamente de mi hazaña del Museo, y me atribuyó la frase injuriosa que jamás pronuncié.

CLARA — Pero que confirmó usted con su silencio.

RAFAEL — No lo supe jamás, Clara. Los amigotes aquellos, asintieron con risas: «¡Cosas de Rafael!» dijeron. Y no fué preciso más, para que llegara a sus oídos como dicho por mí.

CLARA — ¿Y usted?

RAFAEL — Pude probárselo... y le hubiera arrancado la lengua de no interponerse entre los dos la única persona que podía librarlo de mi indignación y de mi rábia.

CLARA — (*Con vivísimo interés.*) ¿Mari-Isabel?..

RAFAEL — Sí Y tan ciego estaba, que tal vez no la hubiera respetado de no invocar en aquel momento lo que más podía contenerme: su nombre de usted.

CLARA — (Abatida.) ¡Pobre! ¡Pobre hermana mía!

RAFAEL — Era el primer paso que yo había de dar para conseguir su estimación: despreciarlo, y que usted lo supiera.

CLARA — Gracias, La Riva, gracias.

RAFAEL — Pero usted... se había marchado de Madrid sin dejar huellas, y entonces... creí volverme loco. Indagué, recorrí España y luego medio mundo, buscando un indicio, un rayo de luz que me guiara hacia usted. Desesperado, volví a Madrid, caí enfermo. ¿De qué me servía mi audacia, de qué mi dinero, si lo único que yo anhelaba estaba fuera de mi alcance? ¡Qué rabia! ¡Qué martirio! ¿Por qué se fué usted, Clara?

CLARA — Por llegar a donde me propuse, por demostrar a todos y a mí misma, que merecía un concepto más alto que el que formó usted de mí, en complicidad con mis hermanos. Eso no puedo perdonarlo. Orgullo o vanidad o lo que sea, lo hecho...hecho está, y no me arrepiento; pero las penas, las amarguras de mi soledad, para mí quedan, y yo sé lo que valen. En eso, estamos en paz, Rafael.

RAFAEL — Pues es todo cuanto tengo en mi abono. No hablemos mas de mí.

CLARA — Como usted quiera...

RAFAEL — Solo me resta implorarle el perdón de su hermana.

CLARA — ¿El perdón...? ¿Usted? (Vehementísima.) Pero... ¿la ha visto? ¡Oh! Cuente. ¿Qué es de ella? ¡Dígame, por Diós!

RAFAEL — Aquel desgraciado, en poco mas de un año, malgastó el resto de la fortuna de su casa. Sin dinero ya, se vió complicado en un nego-

cio inconfesable primero, y en una verdadera estafa, después.

CLARA ¡Qué horror! ¿Y usted?...

RAFAEL Yo no estaba en España entonces... Sólo sé que huyó a América, con documentación falsa y con una mujer que lo arrastró a la ruina.

CLARA ¿Qué dice usted, La Riva? ¿Entonces, mi hermana..?

RAFAEL Abandonada en Madrid, sufrió la más espantosa miseria. Acudió a sus antiguas amistades y todas las puertas se le cerraron.

CLARA (Horrorizada, tapándose la cara con las manos.) ¡Diós mío! !Diós mío! ¿Y aún pide mi perdón?

RAFAEL ¡Pasó hambre! Quiso trabajar, pero ¿en qué?

CLARA (Al ver que se detiene.) ¡Oh! ¡Siga por Diós, La Riva!

RAFAEL Lo demás, no soy yo quién debe decirlo, puesto que la perdona. (Llamando hacia el foro.) ¡Berrocal! ¡Diego!

CLARA (Perpleja.) Pero...

RAFAEL En el estudio de al lado espera su perdón.

CLARA (Alocada, corriendo hacia el foro.) ¡Oh! ¡Mari-Isabel! (Llamándola desgarradoramente.) ¡¡Mari-Isabel!!

(Entra MARI-ISABEL seguida de BERROCAL.)

M. ISABEL ¡Hermana! (Se abrazan estrechamente. Hay un gran silencio que sólo turban los sollozos de ambas mujeres.)

RAFAEL Y ahora, Clara, cumplido este deber, me marcho. No volveré a esta casa sin merecer su estimación por algo más. ¡Buenas tardes! (Intenta marcharse.)

BERROCAL (Sorprendido) ¿Eh?

M. ISABEL No, Clara, hermana mía, llámalo.

BERROCAL (Trayéndolo desde el forillo por un brazo.) ¿Quién ha dicho eso? Usté... aquí, porque lo mando yo. ¡Jinojo! que alguna vez había de mandar. (A Clara) La amparó en su miseria; la llevó a Córdoba, fué un hermano pa ella. Allí esperó saber nuestro escondrijo, y de allí la ha traido pa que la abrace usté, pa que viva con ella pa siempre, señorita...

CLARA ¡Gracias, Rafael, gracias! (Abrazando otra vez a su hermana.) ¡Mari-Isabel, hermana!

BERROCAL ¡Es un hombre! ¡Un hombre..! ¡Escuela... española! (A Rafael.) Déjelas usté, que hipen... y venga acá, que voy a darle de lo que no bebe... ni Poincaré! (Intenta llevárselo por la puerta de la derecha.)

RAFAEL Sí, es mejor que estén solas. (Va a marcharse tras Berrocal)

M. ISABEL (Deteniéndolo.) No te vayas, Rafael. (Rafael se detiene junto a la puerta. A Clara.) Te quiere, hermana y merece tu cariño. Yo, que por mi interés te dije un día, recíbelo, hoy por gratitud infinita te digo, quiérelo.

CLARA (Yendo hacia él) ¡Rafael..!

RAFAEL (Tomando sus manos con efusión.) ¡Clara mía!

CLARA ¡Tuya, sí! (Abandonándose.) Tuya, desde que con la copia me robaste el alma, Rafael.

RAFAEL Menos la voluntad, martirio.

CLARA (Mirándole a los ojos con amor vivísimo.) ¿Qué obsesión fué la tuya? ¿Por qué tu empeño en poseer «La Perla»?

RAFAEL ¡Bah! Manías... ¿Qué más dá? Perdí a mi madre cuando apenas tenía yo cinco años. Sólo recuerdo de ella que bajaba los ojos así para mirarme, (Señalando la copia de Clara.) como esta Virgen los baja... Y al ver esta cabeza aislada, fuera del cuadro, la quise... ¡y bendigo la hora en que la robé!

CLARA ¿Por qué, loco?

RAFAEL (Estrechándola.) Porque sin ella no hubiera conseguido esta otra «perla», esta felicidad tan grande, ganada por mí mismo.

CLARA (Con amor infinito) ¡Por los dos! ¡Por nuestros sufrimientos..! Escalón por escalón... ¡Por nuestras lágrimas!

(Mari-Isabel que sin dejar de mirarlos se ha ido retirando, ha caido de bruces sobre el diván y llora desconsoladamente.)

RAFAEL (Acudiendo a ella.) ¡Mari-Isabel!

CLARA (Incorporándola.) !Hermana! ¡No llores! Nuestra felicidad sera también la tuya...

M. ISABEL No. La mía está en él. En quererlo, hermana, y en llorar siempre. ¡Siempre!

TELÓN

**Fín de la comedia.**

---

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Cojo, juguete cómico en medio acto.

Lo que no Muere, comedia en dos actos, en colaboración con Sebastián Alonso Gómez. (Tercera edición)

Alcalá de los Gandules, comedia en tres actos.

Miss Mary Merino, paso de comedia.

La Paz del Molino, zarzuela en dos actos, en colaboración con Manuel de Góngora, música de Pablo Luna.

Sol y Sombra, humorada en un acto, música de Manuel Bertrán Reyna.

La Perla de Rafael, comedia en tres actos.

